

comercio a gran escala, ya sensible antes, y aunque suponga, tras las dificultades del siglo VIII, un saldo demográfico restablecido, o al menos un equilibrio demográfico renovado.

El despertar de las ciudades

La documentación del problema está aún incompleta, faltan numerosos datos para dar cuenta de la variedad de emplazamientos urbanos en el Imperio en los siglos IX y X, razón por la que la última palabra sobre la materia ha de proceder de la arqueología. Además, la absoluta prioridad otorgada, desde el siglo XIX, a los niveles antiguos ha dañado irremediablemente diversos emplazamientos urbanos, fundamentalmente en Grecia, y en Atenas en primer lugar. Las indicaciones que siguen son, pues, parciales y sin duda provisionales, pero, no obstante, sugestivas. Corinto cayó en el siglo VIII, a tal punto que las tumbas invadían la antigua ágora: en el siglo IX se vuelve a encontrar alfarería local, monedas e incluso sellos de funcionarios, que prueban que la ciudad recuperó cierta actividad en la organización administrativa del Imperio; en el siglo X se construyó una costosa iglesia, así como otra capilla. En Atenas aparecieron, sin embargo, monedas de los emperadores árabes de Creta, un lugar de culto musulmán levantado sobre el ágora en el siglo X o a principios del XI, así como iglesias cuya decoración, a base de mármol local, utiliza caracteres cíficos entre los siglos X y XII, lo que supone la presencia de artesanos árabes. Sardes resucita igualmente en el siglo IX, pero no se parece ya a lo que era: a partir de ahora será una ciudad medieval, si se quiere, pero desde luego no antigua; posee una fortaleza refugio con un hábitat en terreno llano. En el siglo X, la antigua acrópolis es vuelta a ocupar y el hábitat se extiende por el antiguo territorio, pero a través de islotes independientes entre los que se encuentran cultivos. Éfeso también renace en el mismo momento, pero de la gran y agitada ciudad que fue, se convierte en una ciudad provincial fortificada, cuyo movimiento hacia la acrópolis, se explica sin duda, al menos en parte, por el enajenamiento del puerto. Se ha intentado también considerar los hallazgos de monedas aisladas sobre el emplazamiento como un indicador de la actividad humana: se piensa, en efecto, que la proporción de monedas perdidas por los particulares es más o menos constante en todo momento, y que la variación de su cantidad de un nivel a otro del emplazamiento excavado expresa, en consecuencia, la de la propia circulación monetaria. El método es por supuesto imperfecto. Tropezamos en particular con el hecho de que las piezas de un emperador continúan en circulación durante mucho tiempo, al menos medio siglo, después de su muerte. Sin embargo, es sorprendente encontrar un mismo vacío en el diagrama en el caso de Atenas, Corinto, Antioquía y Sardes, un vacío que abarca el siglo VII, el VIII y una parte del IX, mientras que, de manera evidentemente variable, los cuatro emplazamientos acusan una recuperación que empieza, en líneas generales, con Basilio I.

Por último, la función productiva de las ciudades de provincia no se percibe claramente. Además de las construcciones públicas, iglesias, murallas y otras, la arqueología revela, como se espera, un tejido urbano salpicado de cultivos y, por tanto, una división todavía incompleta del trabajo y una producción al modesto

Capítulo 4

EL RENACIMIENTO EN EL ESTE

(mediados del siglo IX - mediados del siglo X)

Con la toma del poder por Basilio I en 867, tras la muerte de Miguel III, conviene comenzar un nuevo capítulo. En efecto, hoy en día sabemos que este cambio inauguraba una época de apogeo del Imperio o, mejor dicho, daba el último toque al modelo que debía quedar en la historia general como el ejemplo y la herencia de Bizancio. De hecho, Basilio (867-886), su hijo León VI (886-912) y su nieto Constantino VII (913-957) tienen que justificar a la vez el homicidio inicial, la ruptura así introducida y su propia continuidad dinástica. Resuelven tan bien este problema que la dinastía resiste las conmociones del siglo X, a saber, la minoría de edad de Constantino VII, que introduce el reinado de su suegro Romano I Lecapenos (920-944), y más tarde la minoría de edad de sus nietos, a la muerte de su hijo Romano II en 963. Y lo resuelven como herederos no solamente de la tradición imperial anterior, desde Constantino, sino, más directamente, del auge ideológico y cultural de la primera mitad del siglo IX. Tal es, en efecto, el sentido político profundo de lo que se ha llamado el renacimiento macedónico, de este clasicismo que viene a coronar la empresa cultural de las generaciones precedentes. De modo que los textos e imágenes que constituyen nuestra documentación sobre la historia de estos tres reinados y del de Romano I son en gran parte el producto de una elaboración deliberada, en la que los emperadores tomaron parte personalmente. Esta elaboración, evidente aunque todavía no enteramente elucidada, es el primer objetivo que se impone al historiador del período.

RESTAURACIÓN DE LAS ESTRUCTURAS ECONÓMICAS Y SOCIALES

Pero veamos en primer lugar el contexto de la empresa política, la evolución económica y social del siglo, en la que la fecha de 867 no impone un corte. Un primer dato importante es la reactivación urbana, acentuada precisamente a partir de Basilio I y a lo largo del siglo X, aunque provenga en parte del auge del

nivel de las necesidades locales, pesas, alfarería, en tanto que los cueros o los tejidos corrientes no se han conservado. No obstante, constituye una producción digna de tenerse en cuenta en relación a la época, como lo muestran las excavaciones americanas de los niveles bizantinos de Corinto.

Lo escrito añade información a la puramente arqueológica y sugiere la interpretación de esta última. En primer lugar, deja constancia de las funciones que recien en este tiempo en las ciudades. Éstas pierden su antigua competencia con la organización de los *themai*: una ley de León VI abroga los últimos restos de responsabilidad de las curias. Pero la administración del *thema*, la sede de un obispo, un astillero, una oficina de la aduana terrestre o marítima conservan aquí o allí, y a menudo juntas, actividades ciudadanas, de las que, a decir verdad, es difícil concretar su alcance local. El término *kastro*, que subsiste en numerosos topónimos griegos terminados en *castro* (por ejemplo, Palaiocastro), llega a reunir así los sentidos de 'plaza fuerte' y de 'pequeña ciudad provincial', lo que sin duda encierra un profundo significado. La actividad económica parece ser esencialmente el comercio, de cuyo auge en el siglo IX ya se ha hablado, aunque esto sólo es cierto en situaciones favorables, como en Querson, Tesalónica y Trebisonda, las dos primeras en la salida de las rutas del mundo eslavo y la tercera a la llegada de la ruta del Extremo Oriente. Los *pinagyerai*, reuniones religiosas, comerciales y lúdicas a la vez, dan cuenta de un tipo muy antiguo, y muy apreciado por los fieles, aunque no enteramente por la Iglesia. La fiesta de san Demetrio en Tesalónica y la de san Juan en Efeso son tradicionales; en cambio, la de san Eugenio de Trebisonda es instituida bajo el reinado de Basilio I. Muchas de estas fiestas permanecen durante siglos, y algunas han llegado hasta nuestros días. Si tal solemnidad no basta para conferir una verdadera importancia comercial a una ciudad, si es a menudo su signo, y la red de estas jornadas a través del Imperio conserva por su parte un papel específico en las ciudades. Lo mismo ocurre con las oficinas del comercio marítimo, instaladas para controlar el tráfico de viajeros y productos con el extranjero, y que dependen de la oficina del mar abierta en la capital, sede del *drongarios*, comandante de la flota, cuya nueva importancia caracteriza la estrategia marítima de Basilio I y de sus sucesores. Los sellos de los «jefes y condes» (*archontes comites*) de estas oficinas manifiestan su actividad, por ejemplo en Sinope y Querson, en Esmirna y Efeso, en Tesalónica, Tebas y Atenas, en Corinto y Patras, en Palermo y Cagliari, sin contar naturalmente los estrechos, entre los que el puesto de Abidos había recibido ya un reglamento aduanero bajo el mandato de Anastasio, a la medida del tráfico comercial asociado a Constantinopla. La hagiografía indica los ejes de las rutas, señala los desembarcos árabes, de los que los emplazamientos excavados prueban que no impidieron la reactivación urbana. La historiografía sugiere algo que estará aún más claro en la segunda mitad del siglo, que la política de reconquista pudo ser, por el contrario, un factor estimulante para determinadas ciudades, en tanto que suponía una punición peligrosamente fuerte sobre la producción de grano.

Segunda juventud de Bizancio

Constantinopla es un caso aparte. En primer lugar por la información: no ha sido posible ninguna investigación arqueológica, salvo en relación al emplazamiento de los palacios imperiales (autoritariamente desprovisto de sus viviendas a principios del siglo XX) y ello solamente en parte. En cambio, existe un incomparable caudal de textos: los relatos de la historiografía y la hagiografía; los protocolos del *Libro de las ceremonias de la corte*, compilado por Constantino VII; el *Libro del prefecto*, reglamento de la actividad artesanal y comercial destinado por León VI a este funcionario, responsable de la gestión de la capital, al que el *Epangoge*, el código de 879, restituye su antiguo prestigio, situándole inmediatamente después del emperador y el patriarca; los relatos, en número creciente, de los viajeros y embajadores árabes; los tratados firmados en 907 y 911 con Rusia y Kiev y cuyo texto, perdido en griego, se ha conservado en la más antigua crónica rusa, el *Relato de los tiempos pasados*, del siglo XI, y, por último, la literatura tradicional de las «maravillas» de la ciudad y de sus orígenes más o menos legendarios. A partir de este material se cree adivinar, a pesar de todo, una evolución similar, salvando las distancias, a la de la provincia. Como se recordará, la ciudad estaba rodeada de dos murallas, la de Constantinio y la posterior de Teodosio II. El espacio exterior a esta última tendió a despoblarse, mientras que el espacio interior no estará verdaderamente ocupado antes del siglo XII: comprende los monasterios y las grandes cisternas. En cambio, el espacio interior densificó su hábitat a partir del siglo VI, con sus casas de madera, rara vez con más de dos plantas, ocupadas por inquilinos. Subsistían, sin embargo, las calles, las plazas, los jardines, las residencias particulares, además del conjunto central del Gran Palacio, que doblaba en densidad todo lo demás. Se ha estimado que, en sus mejores tiempos, en la víspera de la peste de 541-544, o bien bajo el mandato de los Comnenos, la ciudad no sobrepasó nunca los 400.000 habitantes. Esta cifra fue, sin duda, alcanzada por la decadencia del siglo VIII, ya que la población no era suficiente para cuidar las murallas, y un cierto número de cisternas estaban inutilizadas. Pero da, por el contrario, una impresión de recuperación y de actividad tal vez desde 760. En 766, un equipo de obreros reparó, durante una sequía, un acueducto derribado tras el sifo de 626. Pero es Basilio I quien hace revisar las cisternas colmadas desde Heraclio.

Tal vez sea ya de por sí significativo que León VI promulgara el *Libro del prefecto*, el primero desde las *Novelas* de Justiniano que reglamentó sistemáticamente la actividad productiva de la capital a través de las asociaciones de oficios, de los chacineros a los notarios, y de los fabricantes de cirios a los mercaderes de seda. El texto ofrece el cuadro de un consumo urbano diversificado, y por tanto de una activa demanda. El palacio desempeña por su parte una función productiva de lujo, vinculada a su función política. De los talleres imperiales salen los tejidos de seda adamascada, y las placas y cofrecitos de marfil esculpido que servirán tradicionalmente para los regalos diplomáticos, que llevaron en el siglo X las imágenes del poder bizantino a la corte de los Omeyas. El palacio posee asimismo sus copistas y pintores, que ejecutan libros suntuosamente iluminados, y otros simplemente destinados a equipar de textos la biblioteca imperial. El trabajo de la administración central es otra actividad específica de la capital: el pa-

lacio adquiere, también en este terreno, una primordial importancia en los siglos IX y X, por las responsabilidades de dirección confiadas a su personal, por el tribunal del emperador, a la vez tribunal supremo y jurisdicción de apelación, por la cancillería y sus expediciones a la provincia. El patriarca dispone de una organización administrativa central. Por último, la propia capital se encuentra siempre bajo la autoridad del prefecto de la ciudad, fundamentalmente encargado de la policía, que dispone también de diversas oficinas.

Desde entonces, Constantinopla es un foco del comercio internacional, y tal vez también su centro de redistribución más importante. Los dos célebres documentos que son los tratados pactados con los rusos en 907 y 911 muestran la significativa indistinción de la diplomacia y del comercio, así como el principio de asignar a los extranjeros lugares de residencia específicos, en este caso el barrio de la iglesia de San Marcos. Los amalfitas son los primeros comerciantes de Oriente que se instalan en la capital: su colonia está presente en 944. Se dedican a exportar a Italia mercancías prohibidas para la exportación, como la seda púrpura. Tenemos pruebas de la existencia de una mezquita, a finales del siglo X, pero los musulmanes emprenden antes el camino de la ciudad. Finalmente, los judíos constituyen desde siempre un grupo, al que se añaden, precisamente en esta época, comerciantes llegados del extranjero.

La tradición urbana de Constantinopla prosigue sin interrupción desde el siglo IV, y en esta primera mitad del siglo X subsisten muchos rasgos antiguos tales como los barrios, el hipódromo o las representaciones de las relaciones entre el emperador y su pueblo. Y, no obstante, es otra ciudad, del monasterio de Studa a la iglesia de Blaquernas, lugar predilecto de las oraciones dirigidas a la Virgen; del palacio a las casas aristocráticas, llenas de parientes, amigos, compañeros de fortuna, abiertas, como el propio palacio, al santo hombre que ve a distancia y predice el futuro, y de los talleres de los artesanos a los mercados de los comerciantes extranjeros. Constantinopla no experimenta ya los sobresaltos del siglo VI, ni aun los del XI, que expresarán una etapa efervescente de su evolución. Tal como es, sigue siendo única en la conciencia de los habitantes del Imperio y en el horizonte de todo el mundo medieval. La distinción entre la capital y las provincias reviste una significación tan grande como la de las ciudades y los campos, a los que brevemente nos referiremos a continuación.

Solidez de la aldea

La historia del campo presenta dos aspectos que conviene asociar sin confundirlos: por un lado, la vida y el trabajo de los campesinos, el hábitat, las técnicas agrarias y las producciones anexas; por otro, la deducción sobre la producción, la relación entre los campesinos y los dueños de la tierra, allí donde estos últimos son distintos, lo que implica el problema del estatuto de los campesinos y, sobre todo, de las formas de dependencia. Hemos visto que los campesinos de épocas anteriores habitaban en aldeas, agrupadas casi siempre, dotadas de una organización colectiva sin duda muy antigua, anterior en todo caso a la llegada de los eslavos que, por lo demás, no podrían dar cuenta de los hechos orientales: aldeas patrimoniales o formadas por propietarios, o incluso compuestas, reuniendo a

unos y otros, cuando no era el caso de un cabeza de familia que se declaraba dependiente de unas tierras y propietario de otras. La época que se inicia en 867 proporciona al estudio histórico del campo documentos que invitan a detenerse en ella. Ante todo, las primeras escrituras de los archivos del Monte Atos, las más antiguas de las cuales datan del reinado de Basilio I trasladadas al monasterio de Lavra partir de 963, al mismo tiempo que los bienes otorgados y conservados por él hasta nuestros días. A continuación, una serie de leyes (*novellae*) del siglo X sobre las desavenencias entre los campesinos, el fisco y los dueños de la tierra, difíciles a veces de fechar o de restablecer en su texto original a causa de la multiplicación de copias en los libros destinados a la práctica de los juristas, provistos en cambio algunos de ellos de glosas marginales que aclaran su aplicación. También del siglo X es un curioso *Tratado* de percepción fiscal, conocido por un manuscrito de la biblioteca Marciana de Venecia, destinado a facilitar el trabajo de los funcionarios en visita de inspección.

El autor explica en este texto que la aldea comporta normalmente un centro agrupado, pero que la unidad puede romperse en virtud de desacuerdos entre vecinos o de otras circunstancias, como el exceso de población y la fragmentación de una familia convertida en demasiado numerosa. La comunidad aldeana, cimentada en las relaciones de vecindad, que a menudo son también las de parentesco, está gobernada por el consejo de «dueños de casa». Un gran propietario puede estar presente en la comunidad de la aldea si posee una o varias parcelas de la tierra de ésta. Por otra parte, el dominio bizantino está esencialmente constituido en esta época, según parece, por un conjunto de rentas y de derechos como la montanera o el pastoreo sobre la tierra comunal. No existe la corvea de explotación. La prestación personal, atestigüada en los documentos de inmundidad, sigue siendo un requerimiento público, sobre todo para el mantenimiento de los caminos y los puentes. La explotación directa dispone, cuando existe, de esclavos capturados y de asalariados. De hecho, un cuadro fiel exigía que se estudiaran por separado las regiones y, por tanto, las producciones.

Por otra parte, los campos soportan también, desde el comienzo de Bizancio, el dominio privado o monástico, se constituyen en motor fiscal. El campesino independiente paga su impuesto en el primero y el dependiente en el segundo. La dependencia campesina se define, pues, por sus pagos, no por su estatuto personal, aunque la obligación comunal y fiscal implica desde siempre una vinculación con la tierra. La continuidad del Estado en Bizancio era, en efecto, incompatible con una mengua civil en la categoría de hombres libres, o sea, los no-esclavos. Los historiadores rusos, y más tarde los soviéticos, pudieron, pues, sostener con razón que la renta comunal y la renta fiscal de esta época tenían idéntica naturaleza. Esta propuesta explica bastante bien las relaciones sociales en el campo bizantino de este tiempo y la posición del Estado en el seno de estas relaciones. Se comporta, en efecto, como un propietario eminente, haciendo perseguir a los contribuyentes refugiados en dominios privados, lo que sin duda es un antiguo procedimiento, haciendo responsable a la aldea de las parcelas abandonadas por uno de sus habitantes, y disponiendo, con plenos derechos de propiedad, de las tierras abandonadas más de treinta años (*klasmata*), para enajenadas por venta, alquiler o donación. Esta confusión estructural implica también el germen de

la del dominio público y el dominio imperial, que será flagrante en la época de los Comnenos, posterior etapa de la evolución social de Bizancio. En una palabra, la condición campesina no podía variar entonces más que en virtud de circunstancias locales. La escala concreta de los recursos campesinos se mide, como antes y siempre, a través de esta clasificación de origen público, en términos de medios de trabajo y ante todo de labranza. A partir del siglo XI, la propia terminología fiscal distinguirá a los que poseen «un par de bueyes» o «un buey» de los que «no poseen nada», estando inscritos, no obstante, en los registros. Más abajo aún, el campesino «libre» no es titular del estatuto de independencia, ni de ningún otro, está ausente de los marcos fiscales del campo, es un individuo floctanmo monástico, para provecho tanto del fisco como del propietario, siempre dispuesto a aumentar su fuerza de trabajo. Finalmente, más abajo sólo se encuentran los esclavos, mano de obra de la familia campesina o de los dominios, a manera de asalariados de refuerzo.

El principio de clasificación fiscal de los campesinos no tiene nada de sorprendente, pues el campo es ante todo proveedor del grano, necesidad vital de las ciudades y los ejércitos. Tanto los dueños de la tierra como los campesinos tienen acceso al mercado, cosa que es muy necesaria ya que estos últimos pagan sus impuestos y sus cánones en especie en su mayor parte. Existe el mercado común, que incluso parece ser una ventajosa codificada por los grandes propietarios. Para el abastecimiento de Constantinopla se echa mano sin duda de las haciendas de los alrededores de la ciudad, de Bitinia, de Tracia; por Tesalónica pasa una vía terrestre, mientras que el puerto de Rodosto recibe el trigo por mar. Al este, otro itinerario que pasa por Trebisonda exporta hacia Querson el trigo de las riberas del mar Negro. Lo que no excluye, en cambio, que el trigo búlgaro sea importado a través de Mesembria y Anquiato. Pero recuérdese la frecuencia de los desplazamientos de las poblaciones transplantadas a Tracia: la práctica sigue en vigencia, y asegura sin duda no sólo una mejor cobertura de la frontera, sino también un refuerzo de la mano de obra, variable esencial de una productividad cuyas técnicas no cambian.

La expansión de las grandes fortunas

El Estado, titular de la renta fiscal, se comporta, como hemos dicho, como un propietario eminente. Dos importantes variables concurren en el orden social de los campos: la propia superficie de los propietarios y el reparto de las detenciones sobre el producto de la tierra entre el Estado y los propietarios. Se puede, pues, clasificar a estos últimos en virtud del viejo principio de la inmunidad, que dispensa al beneficiario de las contribuciones extraordinarias, de hecho las más pesadas, en compensación de una tarea particular, de interés general. Los bienes monásticos pertenecen a esta categoría, ya sean los conventos independientes, propiedad de otros conventos o de particulares que a veces son sus fundadores, entre los que se cuentan los propios emperadores. La época es testigo de un desarrollo del monaquismo en nuevos centros. La segunda mitad del siglo IX presenta un hecho capital para la historia cultural de Bizancio: los inicios de la institu-

ción monástica del monte Atos, atestigüados en la larga *Vida de Eutimio el Joven* (823/824-898) y los primeros documentos oficiales. El lugar está protegido por su aislamiento peninsular, y dispone al mismo tiempo de aperturas favorables a las rutas terrestres y marítimas. Tal vez la población eslava de Calcídica le confiera una función regional de «desierto» desde el final del siglo VIII. Un oscuro asceta, Pedro, es objeto de un canon (poema litúrgico) que se remonta al reinado de Teófilo. Pero el verdadero desarrollo se atribuye a Eutimio el Joven, que llega del Olimpo de Bitinia a Atos en busca de soledad hacia 859. En 871 funda el convento de Peristerai, en Calcídica, y su compañero Juan Colobo funda el de Colobu, primero en Siderocausia y luego, más en el interior, en Hierisco, en el mismo estrecho de la península. Una resolución de Basilio I, fechada en 833, llama a ésta tanto de los funcionarios recaudadores de impuestos como del habitual pastoreo de los habitantes, pero la primera delimitación entre Hieriso y Atos no tiene lugar hasta 942, en el mismo momento (941-942) en que esta última recibe su primera renta, deducida por Romano I de los ingresos de un convento que le pertenecía. Una acta de 908 la hace independiente de Colobu, y menciona por primera vez, a propósito del paso dado por los monjes atontias con este motivo, el envío a la capital de un *protos* (primero), dirigente de la colectividad. Un acta de 958 habla del *protos* y de las tres asambleas anuales, es decir, la institución convertida ya en tradicional. La montaña reúne entonces las formas de vida solitaria o semi-solitaria y las comunidades del monaquismo griego. El convento de Xeropotamu es anterior a 956. Pero las grandes fundaciones no comienzan antes de 963.

La justificación de las inmunidades que el emperador otorga a las fundaciones monásticas, y de las donaciones de tierras o de rentas que reciben, hace hincapié sobre el papel intercesor de los monjes, cuya función de «padre espiritual» que les corresponde siempre en la sociedad es una aplicación. Su labor asistencial apenas es invocada como lo era en el Oriente de los siglos IV-VI, o como lo será en la capital en el XII. El cambio renite sin duda a la disminución de la población, sobre todo en las ciudades convertidas en bizantinas después del siglo VII. Por otro lado, el desarrollo patrimonial de los monasterios atontias desde el siglo X no puede explicarse sin la renovación de la población aportada a la región por los eslavos. Un célebre informe del monasterio de Tesalónica, y muchos otros del siglo X, un ejemplo referido a los alrededores de Tesalónica, y muchos otros documentos lo atestigüan en los siglos X y XI, a través de los nombres eslavos de algunos campesinos y a veces de algún lugar.

Los bienes militares, soporte del servicio armado en los *themata*, constituyen inequívocamente, como hemos visto, una categoría estatutariamente inmune. El sistema está plenamente atestigüado, al menos en lo referente a la segunda generación, por la *Vida de Eutimio el Joven*. El mismo, y aún más otro héroe de la hagiografía, Lucas el Estilita, en el siglo X, aparecen situados a un buen nivel de la escala de la propiedad territorial: son miembros de una «casa» propietaria de un patrimonio inmune a cambio del servicio que presta uno de sus miembros. Tal servicio personal puede ser conmutado en especie, según la antigua costumbre. Una ley de Constantino VII concreta la situación social de esta clase fiscal hacia mediados del siglo X. El legislador prohíbe las enajenaciones que rebajan el valor

global de determinado patrimonio por debajo de 4 libras para el ejército de tierra de los *themai* y de sus flotas, y de 2 libras para los marinos de la flota imperial. Respecto a las muy poco numerosas cifras de los documentos de los archivos de los siglos IX y X, el valor mínimo de 4 libras aparece ya alejado del nivel inferior de la escala patrimonial, y por tanto social. Sin duda, la época señala el apogeo y menos aun del propio reclutamiento. Las aldeas independientes y los dominios proporcionan reclutas a manera de impuestos, como se recordará. Sobre todo, el reclutamiento de mercenarios entre las etnias de la frontera y los extranjeros es una vieja práctica cuya importancia no cesa de crecer desde el principio del siglo X, en las mismas fuerzas temáticas, así como en la marina y las fuerzas centrales (*tagmata*), de las que forman parte especialmente los rusos a partir de principios del siglo X. Los cimientos sociales de los grandes jefes de guerra van, en fin, mucho más complejos en relación a su primordial importancia política, por lo que trataremos de ellos más adelante.

Los «poderosos» y los «pobres»

En resumidas cuentas, a quienes distinguimos peor es a los propietarios laicos, desprovistos de títulos estatutarios para la inmunidad, pues desgraciadamente carecemos aun de documentos de archivos en relación a este período, y nos debemos basar principalmente en textos jurídicos y narrativos. Siempre existen proyecciones del emperador, mal diferenciadas de las del Estado, ya sean bienes modestos, insertos en la instancia fiscal de una ciudad o de una aldea, ya propiedades considerables, como las de la familia Maleinoi en la región de Carsianon; o incluso señorías armenias fronterizas convertidos en mandos militares en el siglo X. En líneas generales, la matriz de la aristocracia militar y política cuya expansión caracteriza al siglo X, de León VI a Basilio II, es incontestablemente el centro y el este del Asia Menor, y sus propiedades se encuentran allí, cuando las poseen.

La historia social de los campesinos y la de los dueños de la tierra marchan, pues, a la par por sus relaciones con el Estado. Las concesiones de inmunidad, conservadas en los archivos monásticos de los que disponemos, enumeran exactamente los casos de exención de impuestos para sus beneficiarios, cuya lista nominal ofrece el documento. El Estado renuncia así a una parte de su renta fiscal. Pero el reparto más significativo, y el más conflictivo también, es puramente práctico. Los funcionarios, que compran su cargo y que son pagados en el acto por los contribuyentes o los justiciables, agravan desde siempre el descuento fiscal, tanto como pueden, en su propio provecho, aunque, es cierto, han de sopartar la eventual responsabilidad de un déficit en la percepción. Los grandes propietarios se esfuerzan a la vez por extender el campo de dependencia y reducir su propio pago fiscal. Las *novellae* del siglo X describen, a fin de condenarlos, los procedimientos ya clásicos de desplazamientos fraudulentos de los límites del dominio reconocidos por el registro fiscal, entrada en la comunidad aldeana por ventas o donaciones ficticias, comparables a la cesión de lo precario de Occidente, o incluso convirtiéndose en el hijo adoptivo de un campesino miembro de la comunidad.

Los propietarios usurpadores son conocidos como los «poderosos», detentadores de una parcela del poder público, lo que les proporciona capacidad de presión o de protección. Los miembros de la jerarquía episcopal o monástica pueden contrastarse entre ellos, al igual que determinado campesinado pujante. Se instaura así una rivalidad en la detracción sobre el producto de la tierra entre el Estado y los «poderosos», cuyo motivo pudo ser, qué duda cabe, el prestigio político y social tanto como el beneficio propiamente dicho. El envite está constituido por los propietarios desprovistos de poder. Los más modestos de los bienes militares pueden verse así afectados, lo que explica la insistencia de la ley sobre su carácter inalienable. Pero los poderosos anexionan ante todo los bienes de los campesinos independientes, que el legislador designa con un término tan significativo como los «pobres», en un sentido menos económico que social de la palabra. Bizancio da cuenta, pues, de la misma pareja *potens/paupers* del Occidente carolingio. Los «poderosos» penetran, como se acaba de decir, en las comunidades independientes que acaban por privatizar. El legislador se dedica, en consecuencia, en la primera mitad del siglo X, a reafirmar el antiguo derecho de «preferencia de compra» reconocido a los «próximos», vecinos, parientes, aliados y fiscalmente solidarios, mientras que León VI lo había debilitado.

En 927-928 una hambruna que sigue a un invierno riguroso arruina a muchos «pobres»: una *novella* de 934 se esfuerza por paliar las catastróficas enajenaciones que se habían hecho y otra de 947 debe volver a dictar las mismas disposiciones. Esta lucha de la administración contra las fuerzas locales, llevada por una y otra parte al corazón del poder público, no es ninguna novedad. Ya la habíamos observado en el siglo VI, e incluso antes. Pero la fisonomía de los unos y los otros, así como la misma teoría del poder público han cambiado. ¿Se está llegando a una Bizancio feudal? El problema no se planteará verdaderamente hasta después del 960.

LOS «MACEDONIOS» SE INSTALAN

La figura imperial disfruta, a partir de Basilio I, de una elaboración teórica más rica al deber la dinastía su existencia a un homicidio, a lo que se añade la brillantez general de la época comenzada con Teófilo; en la cumbre de la sociedad imperial, en el corazón del mundo visto desde Bizancio, el soberano requiere una ilustración sin precedente, cuya sabia cultura enriquecerá el discurso, y de la que la iconografía se hace eco. Conviene también prestar una atención particular a las devociones imperiales: Cristo, cuya imagen ha vuelto a ocupar su lugar por encima del soberano en la Sala de Oro del palacio con Miguel III; la madre del Señor, protectora de la capital desde el sitio de 626, como se recordará, cuyo culto conoce un gran fervor en los siglos IX y X y concretamente por parte de algunos soberanos: san Miguel, el guerrero; san Elías, al que Basilio profesa un culto que se podría explicar por la fisonomía celeste y solar que corresponde al profeta en Bizancio, en virtud de su carro, e incluso, tal vez, de su nombre (del griego Helios, 'el sol').

Basilio y Focio: un nuevo comienzo

Basilio se instaló en el palacio imperial. Se hace representar en la pared de la Sala de Oro con su esposa y sus hijos, donde se pintan también sus campos. Edifica en el complejo palatino la iglesia Nueva (*Nea*), consagrada en 881 a Cristo, a la Virgen, a Miguel y Gabriel, al profeta Elías y a san Nicolás. Asimismo hace construir una iglesia dedicada al profeta Elías en el palacio de verano de Hieria, cerca de Calcedonia. Pero antes de seguir adelante es preciso hacer mención de sus relaciones con la Iglesia, y más concretamente con el patriarca Focio.

En el momento en que Basilio toma el poder, la sede patriarcal está ocupada por Focio y en una situación de ruptura con Roma. Basilio hace intervenir a Ignacio, buscanso así el apoyo de Roma y de los intranseguros: con esta finalidad le envía a Roma las actas del concilio de 867. La reacción romana es contundente. En 869-870, Focio es condenado. Ignacio rehabilitado y los hombres ordenados a partir de 858 suspendidos, a menos que reconozcan por escrito la supremacía pontificia. Focio, aunque exiliado, conserva su influencia. Incluso regresa a Constantinopla en 873, vuelve, sin duda, a enseñar en el círculo de la Magnaura y dirige la educación de los hijos de Basilio I, entre los que se cuenta el futuro León VI. Se reconcilia con Ignacio. Por lo demás, este último disenta de Roma en relación a la cristianidad búlgara en que tomaba partido a favor de Constantinopla: de este modo se interlerían, en sentido contrario, la cuestión eclesial y la cuestión política. A la muerte de Ignacio, en 877, Focio vuelve a la sede patriarcal y la ocupa hasta 886. En 879, convoca un concilio al que acuden legados pontificios y que le rehabilita mediante concesiones de Roma a Bulgaria. Tras la muerte de Basilio I, es sustituido y sustituido por Esteban, hermano del nuevo emperador. Muere retirado hacia 893.

Focio es una figura primordial del siglo IX, determinante para el futuro. Como vimos más arriba, compuso la *Bibliotheca*, al tiempo que se dedicaba a la carrera pública bajo el reinado de Teófilo. Hizo además una labor de hombre de Iglesia, cuando escribió durante su primera deposición, entre 868 y 872, sus respuestas sobre cuestiones difíciles a Anfílogo, metropolitano de Cízica, las *Amphilochia*. Fundamentalmente, hizo oír la voz patriarcal del Imperio Bizantino y de la romanidad cristiana. Predica en Santa Sofía, donde algunos de sus sermones señalan acontecimientos de profunda resonancia: el primer ataque de los rusos en 860, la colocación o reposición en la Iglesia de una imagen de la Virgen, que manifiesta el lugar que ocupa en la devoción imperial de Basilio I. Será el inspirador del prólogo que encabeza el *Epimigoge (Restauración de las leyes)*, que se sitúa después de 879, carta completa en lo sucesivo de las relaciones entre las dos figuras, el emperador y la del patriarca, el primero responsable del bienestar del Imperio, defensor de la ortodoxia del dogma, intérprete y responsable de las leyes; el segundo, único intérprete de los cánones y los concilios. Esto es una buena muestra de la interpretación específicamente bizantina de las relaciones entre el poder político y militar, y el poder religioso, modelo para las cristandades eslavas, y sobre todo, más tarde, para la tercera Roma moscovita; y también del desarrollo liberal de las premisas constantinianas, con la continuidad de los dos poderes unidos en la misma capital, en el sentido simbólico y no solamente geográfico que hay que dar, como hemos dicho, a este término en el Imperio Romano

cristiano. Pero en una capital que no era sin embargo más que la Nueva Roma, la segunda, mientras que el papado recogía sólo la eminente dignidad histórica e imperial de la primera. Esta fundamental diferencia puede explicar la diferente evolución del problema de los dos poderes, en Occidente y en Bizancio.

La solución bizantina no tiene nada que ver con el concepto confuso y sin fundamento de «cesaropapismo», inventado por algunos historiadores de Bizancio. Está, en cambio, en la base de la discordia entre las cristandades latina y greco-eslava. Desde este punto de vista, se concibe que se haya atribuido a Focio el *Nomocanon en XIV títulos* (883). El *Nomocanon*, concordancia entre las leyes (*nomoi*) y los cánones, presentada metódicamente, esbozada ya en el siglo VI, se remonta en su primera forma al siglo VII. La redacción del siglo IX produce a su vez el nacimiento de una posteridad que se prolonga hasta el siglo XVI, bajo la dominación turca, y que vuelve a encontrarse, por otra parte, en la cristianidad rusa. Por último, la biografía del patriarca Ignacio, que escribía entre 901 y 912, afirma que Focio compuso para Basilio una genealogía tan brillante como falsa, que escribió «en caracteres antiguos», y que la ocultó en la biblioteca imperial, de donde un cómplice la sacó ante el soberano. Más adelante trataremos el tema historiográfico de la dinastía, elemento esencial de su política. Señalemos solamente que Focio desempeña en esta malévoa narración el papel que fue electivamente el suyo cerca de Basilio y que él representa ingeniosamente, a todas luces, el papel de teórico del poder imperial.

Unificación, legislación, enciclopedismo

La historia interna del reinado de Basilio I ilustra, en gran medida, la definición que se le da a mitad de su trayectoria. Su observancia ortodoxa se traduce políticamente en el intento, en gran parte conseguido, de reducir las distancias culturales de todo tipo. Los eslavos de Macedonia y de Grecia constituyen el objeto de un sistemático esfuerzo de integración, de helenización y de cristianización que no se verá totalmente coronado por el éxito, como atestigua, bajo el mandato de Romano I todavía, la sublevación que a finales de 921 o a principios de 922 abre el Peloponeso a la invasión búlgara. En 873 o 874 está atestiguado un decreto de bautismo obligatorio de los judíos por una *novella* de León VI, y por un curioso testimonio judío, el *Libro genealógico*, compuesto en honor de su linaje, a mediados del siglo XI, por un tal Ahimamaz, de Oria, cerca de Otranto. El autor ofrece en un hebreo versificado historias de milagros y sortilegios que deben sin duda mucho al ambiente del sur de Italia de su época, preciosas indicaciones sobre la situación, a menudo mediadora, de los judíos de la región en el siglo IX, entre bizantinos, árabes y lombardos, y un relato de este infortunio, del que, según él, se libró la comunidad de Oria gracias a la intervención del rabino Chetatha, abuelo del narrador. Una vez en Constantinopla, convenció al emperador, tanto por su talento polemista como por la curación de su hija endemoniada. Si la medida de excepción es cierta, tal vez se explica en el contexto de esta región de Italia, donde acababa de comenzar, como se verá, la reconquista bizantina.

La cruzada contra los paulicianos de la frontera oriental constituye un éxito

completo del reinado de Basilio I, al menos en el plano más aparente de las operaciones militares. La guerra empezada en tiempos de Miguel III prosigue con las incursiones que lleva a cabo Crisoqueir, yerno y sucesor de Carbeas, hasta Éleso y Nicea en 869. Es entonces cuando se sitúa la embajada a la que Pedro de Sicilia se refiere en su informe sobre los paucianos. En 872, Crisoqueir emprende una campaña en Galatia, y resulta muerto por uno de los suyos en el curso de una batalla con los bizantinos. Basilio lanza otras ofensivas contra Melitene en 873 y en 876. Por último, en 872, la caída de Tefrik señala el final del paucianismo militar y político, cuyo desarrollo favorecido por los emires de Melitene y Tarsos hemos visto ya. Esta victoria forma parte de la empresa de conquista puesta en marcha por Basilio en Oriente. Entre 871 y 882, Bizancio vuelve a adueñarse, en efecto, de los pasos del Tauro y del Antitauro, garantes de su protección. Pero el problema religioso sigue abierto: los bogomilos a partir del siglo X, en Bizancio y los Balcanes, y los tondraquitas en la Armenia del siglo XI podrían ser a su vez los retoños de la vieja corriente que despreciaba la carne y la jerarquía, el engendramiento y el mundo, que la cristiandad de Oriente conocía desde el siglo IV. Nos encontramos frente a un problema de continuidad que sigue sin aclararse.

Basilio I es también, conforme al modelo, un emperador legislador, el primero del siglo IX. Más arriba hemos hecho alusión a *Epanagege*, de 879 como muy pronto, cuya aplicación no es, por otra parte, segura. A partir de 876, el *Manual de las leyes* (*Procheiron*) vuelve a tomar la legislación privada y penal corriente del *Eklóge* de los emperadores León III y Constantino V, al tiempo que utiliza las *Institutas* de Justiniano. El *Epanagege* afirma de manera patente la referencia clásica indispensable en lo sucesivo, no sólo en la apertura teórica ya evocada, sino en la misma ordenación de los capítulos, que empieza por las definiciones de derecho público como emperador, patriarca o prefecto de la ciudad, ausentes del código del siglo VIII, y no por los esposales y matrimonios como este último. Además, Basilio ordena una revisión general del cuerpo de las leyes (*Anakatharsis*), que no dará de hecho su fruto hasta la época del mandato de su sucesor. Se hace lect *«relatos históricos»* y vidas de hombres ilustres, y se informa asimismo sobre la disciplina y las acciones de los santos de su tiempo. Se conserva una colección de homilías de Gregorio Nacianceno para el uso litúrgico, hecha por él entre 880 y 886, y adornada con una serie de pinturas suntuosas, a cuya cabeza se encuentra su propio retrato y el de su esposa, entre sus hijos León y Alejandro, así como imágenes de la soberanía cristiana; el arcángel Gabriel coronando a Basilio bajo una gran cruz con la leyenda: «¡Jesucristo vencedor!», y Cristo dominando la escena y bendiciendo con un libro en la mano. Este manuscrito, insigne producto del taller imperial, presenta la expresión iconográfica de la ideología imperial que sigue siendo la del siglo X, la forma y el fondo del modelo en el que el joven imperio otomano se inspirará tan acertadamente. A pesar de todo, Basilio no fue todavía en sí mismo un emperador docto, aunque conocemos bajo su nombre las instrucciones a su hijo, una especie de espejo del príncipe. La sabiduría y la escritura de una obra propia como rasgos inherentes a la figura imperial solo se perfilan firmemente en su hijo León VI, y sobre todo, en su nieto Constantino VII.

La obra legislativa de León VI no es quizás a este respecto la más significati-

va, aunque marca una etapa importante en el compromiso clasicista que inaugura la ideología de los sucesores de Basilio I. Las *novellae*, dirigidas en su mayor parte al favorito Estiliano Zautécés, muerto en 896, deben sin duda mucho, si no todo, a este último, al que volveremos a encontrar más adelante, y manifiestan el deseo de este tipo de textos de poner al día, o de completar, el derecho vigente. En cambio, la gran obra de las *Basilicas* (*Basilika*, 'las Imperiales') emprendida bajo el reinado de Basilio I, como hemos visto, ofrece un repertorio metódico del derecho clásico, o sea, del justiniano, que será a su vez objeto de *scholies* ('comentarios') y, desde el siglo X sin duda, de un resumen (*sinopsis*) enriquecido por la continuación de las *novellae* imperiales a partir del siglo X, y diversos fragmentos, para uso de los funcionarios que eran a menudo sus poseedores. Se han conservado numerosos manuscritos a partir del siglo XI.

Después de todo, era tradicional que el emperador distinguiera con su nombre y su voluntad, sino con su puño y letra, una obra jurídica. Sin embargo, se atribuye también al propio León VI una producción que no tiene los mismos precedentes. En primer lugar, un *Tratado militar* (*Taktika*), nutrido de referencias a los tácticos antiguos, pero, no obstante, de una inspiración teórica absolutamente contemporánea en la definición del emperador como responsable de la paz y, por esta razón, obligado a hacer la guerra, y principalmente en la del general, cuyas cualidades guerrteras están fundadas en la nobleza de su origen. A continuación, las homilías pronunciadas desde el púlpito de Santa Sofía, como el elogio fúnebre de su padre; notable intrusión del soberano político en el terreno eclesiástico, que ofrece una prueba más, si es que era necesaria, de la unión de los dos poderes en el modelo bizantino, aunque estallasen los conflictos entre sus titulares o en sus definiciones. Y, por último, la historiografía oficial subraya que León IV era un cualificado copista.

La competencia cultural del emperador culmina con Constantino VII, aunque sin duda es insuficiente su explicación no sólo por una inclinación personal, sino por la inacción en la que le deja, hasta 944, el gobierno de su suegro Romano I Lecapenos, convertido en emperador gracias a la corta edad del porfirógéneto. Por el contrario, cabe pensar que la responsabilidad ideológica del poder soberano no estuvo nunca en manos de su legítimo heredero, incluso cuando Romano I asumía la práctica. Dejando aquí de lado sus *novellae*, los discursos y el *Libro de las ceremonias*, Constantino compuso dos tratados, *De los temas* y *De la administración del Imperio* (título dado a la primera edición en 1611). Este último, escrito entre 948 y 952, considera las relaciones con los pueblos bárbaros, sus principios y su práctica, que varían de uno a otro caso. Nos proporciona no sólo una compleja teoría de las relaciones internacionales de Bizancio, sino también un conjunto de valiosas noticias sobre el pasado y el presente de los pueblos en cuestión, rusos, pechenegos y turcos. Posteriormente, Constantino aparece como el inspirador y organizador de un trabajo colectivo de gran envergadura, que se hace por medio de la biblioteca constituida en el palacio y del taller de copia del que disponía esta última. El trabajo consiste, en primer lugar, en la compilación de repertorios de textos antiguos sobre determinados temas, como las labores de la tierra (*Geoponika*), las emboscadas o las embajadas; dan prueba, al igual que sus semejantes de Bagdad, de la afición del siglo X por las enciclopedias, característica de una época de equilibrio y clasicismo. Pero también constituye un traba-

completo del reinado de Basilio I, al menos en el plano más aparente de las operaciones militares. La guerra empezada en tiempos de Miguel III prosigue con las incursiones que lleva a cabo Crisocoir, yerno y sucesor de Caribea, hasta Ffeso y Nicea en 869. Es entonces cuando se sitúa la embajada a la que Pedro de Sicilia se refiere en su informe sobre los paulatinos. En 872, Crisocoir emprende una campaña en Galatia, y resulta muerto por uno de los suyos en el curso de una batalla con los bizantinos. Basilio lanza otras ofensivas contra Mefticenis y Tarsa, hemos visto ya. Esta victoria forma parte de la empresa de reconquista puesta en marcha por Basilio en Oriente. Entre 871 y 882, Bizancio vuelve a adueñarse, en efecto, de los pasos del Taurus y del Antitaurus, garantes de su protección. Pero el problema religioso sigue abierto: los bogomitos a partir del siglo X, en Bizancio y los Balcanes, y los tondraquitas en la Armenia del siglo XI podían ser a su vez los retoños de la vieja corriente que despreciaba la carne y la jerarquía, el engendramiento y el mundo, que la cristianidad de Oriente conocía desde el siglo IV. Nos encontramos frente a un problema de continuidad que sigue sin aclararse.

Basilio I es también, conforme al modelo, un emperador legislador: el primer decreto del siglo IX. Más arriba hemos hecho alusión al *Epimigege*, de 879 como muy pronto, cuya aplicación no es, por otra parte, segura. A partir de 876, el *Manuale de las leyes (Procheiron)* vuelve a tomar la legislación privada y penal corriente del *Eklogé* de los emperadores León III y Constantino V, al tiempo que utiliza las *hustinas* de Justiniano. El *Epimigege* afirma de manera patente la referencia clásica indispensable en lo sucesivo, no sólo en la apertura teórica ya evocada sino en la misma ordenación de los capítulos, que empieza por las definiciones de derecho público como emperador, patriarca o prefecto de la ciudad, ausencia del código del siglo VIII, y no por los espousales y matrimonios como este último. Además, Basilio ordena una revisión general del cuerpo de las leyes (*Anakathariseis*), que no dará de hecho su fin hasta la época del mandato de su sucesor. Se hace leer «relatos históricos» y vidas de hombres ilustres, y se informa asimismo sobre la disciplina y las acciones de los santos de su tiempo. Se conserva una colección de homilias de Gregorio Nacianceno para el uso litúrgico, hecha por él entre 880 y 886, y adornada con una serie de pinturas santuosas, a cuya cabeza se encuentra su propio retrato y el de su esposa, entre sus hijos León y Alejandro, así como imágenes de la soberanía cristiana: el arcángel Gabriel conandando a Basilio bajo una gran cruz con la leyenda: «Jesucristo vencedor», y Cristo dominando la escena y bendiciendo con un libro en la mano. Este manuscrito, insigne producto del taller imperial, presenta la expresión iconográfica de la ideología imperial que sigue siendo la del siglo X, la forma y el fondo del modelo en el que el joven imperio romano se inspirará tan acertadamente. A pesar de todo, Basilio no fue todavía en sí mismo un emperador docto, aunque conozcamos bajo su nombre las instrucciones a su hijo, una especie de espejo del príncipe. La sabiduría y la escritura de una obra propia como rasgos inherentes a la figura imperial sólo se perfilan firmemente en su hijo León VI, y sobre todo, en su nieto Constantino VIII.

La obra legislativa de León VI no es quizás a este respecto la más significati-

va, aunque marca una etapa importante en el compromiso clasicista que inaugura la ideología de los sucesores de Basilio I. Las *novellae*, dirigidas en su mayor parte al favorito Estiliano Zaurécés, muerto en 896, deben sin duda mucho, si no todo, a este último, al que volveremos a encontrar más adelante, y manifiestan el deseo de este tipo de textos de poner al día, o de completar, el derecho vigente. En cambio, la gran obra de las *Basilikai* (las Imperiales) emprendida bajo el reinado de Basilio I, como hemos visto, ofrece un repertorio metódico del derecho clásico, o sea, del justiniano, que será a su vez objeto de *scholies* (comentarios) y, desde el siglo X sin duda, de un resumen (sinopsis) enriquecido por la continuación de las *novellae* imperiales a partir del siglo X, y diversos fragmentos, para uso de los funcionarios que eran a menudo sus poseedores. Se han conservado numerosos manuscritos a partir del siglo XI.

Después de todo, era tradicional que el emperador distinguiera con su nombre y su voluntad, sino con su puño y letra, una obra jurídica. Sin embargo, se atribuye también al propio León VI una producción que no tiene los mismos precedentes. En primer lugar, un *Tratado militar (Taktika)*, nutrido de referencias a los fácticos antiguos, pero, no obstante, de una inspiración teórica absolutamente contemporánea en la definición del emperador como responsable de la paz y, por esta razón, obligado a hacer la guerra, y principalmente en la del general, cuyas cualidades guerreras están fundadas en la nobleza de su origen. A continuación, las homilias pronunciadas desde el púlpito de Santa Sofía, como el elogio fúnebre de su padre: notable intrusión del soberano político en el terreno eclesiástico, que ofrece una prueba más, si es que era necesaria, de la unión de los dos poderes en el modelo bizantino, aunque establecen los conflictos entre sus titulares o en sus definiciones. Y, por último, la historiografía oficial subraya que León IV era un cualificado copista.

La competencia cultural del emperador culmina con Constantino VII, aunque sin duda es insuficiente su explicación no sólo por una inclinación personal, sino por la inacción en la que le deja, hasta 944, el gobierno de su suegro Romano I Lecapenos, convertido en emperador gracias a la corta edad del porfirógéneto. Por el contrario, cabe pensar que la responsabilidad ideológica del poder soberano no estuvo nunca en manos de su legítimo heredero, incluso cuando Romano I asumía la práctica. Dejando aquí de lado sus *novellae*, los discursos y el *Libro de las ceremonias*, Constantino compuso dos tratados, *De los temas* y *De la administración del Imperio* (título dado a la primera edición en 1611). Este último, escrito entre 948 y 952, considerara las relaciones con los pueblos bárbaros, sus principios y su práctica, que varían de uno a otro caso. Nos proporcionala no sólo una compleja teoría de las relaciones internacionales de Bizancio, sino también un conjunto de valiosas noticias sobre el pasado y el presente de los pueblos en cuestión, rusos, pechenegos y turcos. Posteriormente, Constantino aparece como el inspirador y organizador de un trabajo colectivo de gran envergadura, que se hace por medio de la biblioteca constituida en el palacio y del taller de copia del que disponía esta última. El trabajo consiste, en primer lugar, en la compilación de repertorios de textos antiguos sobre determinados temas, como las labores de la tierra (*Geoponika*), las emboscadas o las embajadas; dan prueba, al igual que sus semejantes de Bagdad, de la afición del siglo X por las *enciclopedias*, característica de una época de equilibrio y clasicismo. Pero también constituye un traba-

jo historiográfico, el más importante para nosotros, que establece bajo su dirección la historia oficial no sólo de la dinastía, sino también la de los soberanos que le precedieron en los siglos VIII y IX: su objeto era mostrar la perfecta continuidad del poder, constantemente en las manos de los hombres más dignos. Encarga a un equipo anónimo, conocido como «los continuadores de Teófilo», una serie de biografías imperiales, a partir de León V, que reflejan también el gusto de la época, lectora de Plutarco. El propio Constantino aparece, con cierta verosimilitud, como autor de la *Vida de Basilio*, importante narración donde se cuenta de los prodigios anunciadores de su grandeza futura, desde la antigua águila que se cernió sobre su sueño de niño hasta las visiones piadosas, las virtudes del buen soberano y, sobre todo, la misericordia fiscal, así como la genealogía que hacía de Basilio un descendiente de los reyes arsácidas de Persia, la misma de la que sin duda Focio había hecho una primera redacción. El último libro alcanzaba de hecho hasta 961. Constantino encargó también a José Genesio un *Libro de los emperadores*, de León V a Miguel III.

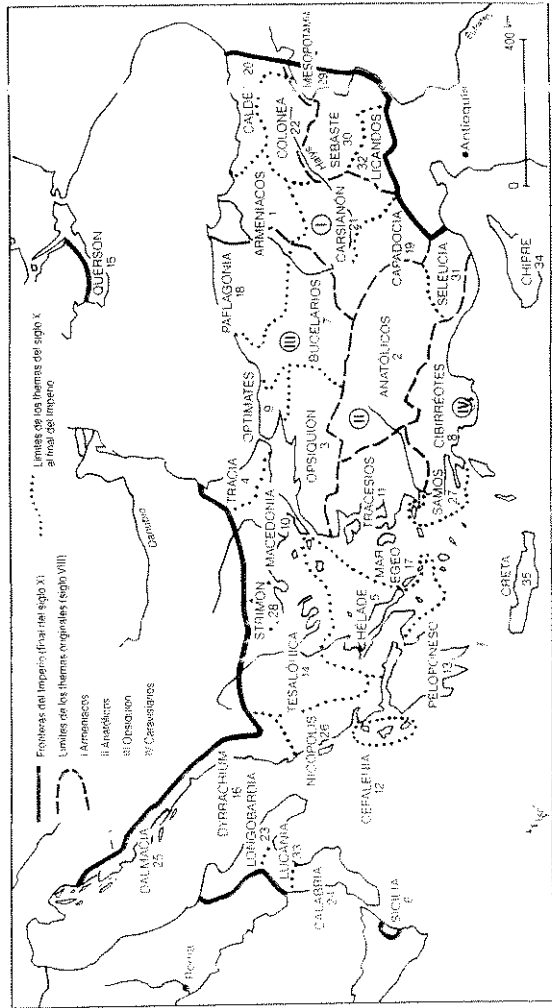
El discurso del palacio

La historia más evidente de Bizancio entre 886 y 959 se nos presenta, una vez más, a pesar de todo, centrada en el palacio. El sentido del espacio palatino y de las ceremonias que allí se desarrollan está ilustrado de manera fehaciente por el tratado de las prelaciones (*taktikon*), fundamentalmente para las comidas imperiales, compuesto por el maestro de ceremonias Filoteo en 899. El autor señala

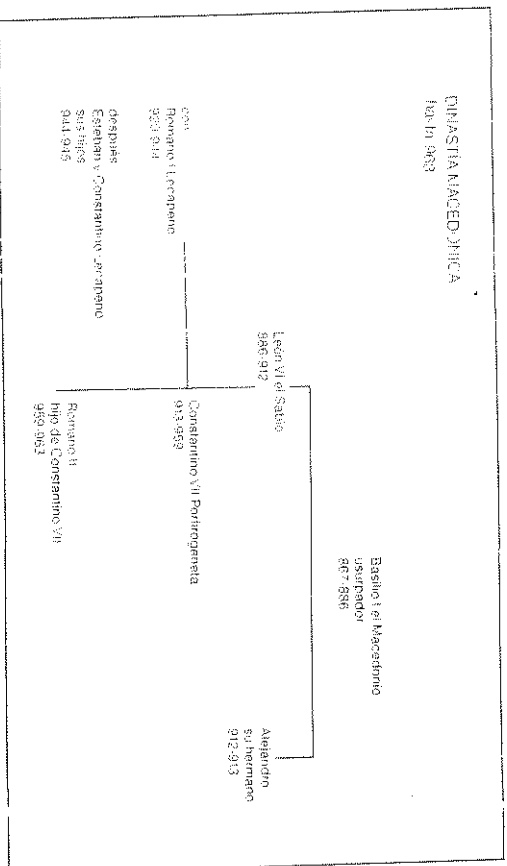
en el texto el lugar de cada uno en función de su dignidad, por ejemplo, la del patrio y de su cargo; sitúa así la jerarquía episcopal, militar, civil, los servicios y guardias del palacio, los «amigos búlgaros» y otros mandatarios. Para Filoteo, el sistema de días festivos en el palacio no es más que el propio sistema imperial, por lo que este documento adquiere un relevante interés. Constantino VII, en su *Libro de las ceremonias*, hace hincapié más en el desarrollo mismo de las ceremonias que en las prelaciones, en relación a las fiestas del año cristiano o imperial, las etapas de la vida en la familia imperial y las recepciones particulares. Tampoco faltan los relatos de los embajadores árabes referentes a todo este período.

Pero el palacio no es sólo el escenario de la pompa soberana, se convierte también, a lo largo de diversas generaciones, en un organismo de gobierno y administración cuyos documentos de archivos conservados o mencionados dan cuenta de su funcionamiento: tribunal de apelación, o jurisdicción directa para determinados monasterios, oficina fiscal donde se redactan los documentos de inmunidad o de donación, etc. Desde finales del siglo IX, la cancellería imperial expide los *chrysobullai*, los documentos sellados con el sello de oro imperial, que se distinguen por una escritura especial, con palabras escritas con tinta roja, y una firma autógrafa refrendada por el «encargado del timbre». Finalmente, de lo que acabamos de decir, es fácil concluir que el palacio es un centro de decisión política de impulso ideológico. La celebración de la grandeza y de la victoria imperial, de los banquetes festivos y de los matrimonios es confiada a los discursos del orador de palacio. Esta función la cumplió, en 901-902, Aretas de Patras, nacido hacia la mitad del siglo IX y convertido después, hacia 902-903, en arzobispo de Cesarea de Capadocia. Aretas, partícipe en los manuscritos, sobre todo en los de filósofos antiguos, entre los que se cuenta uno de Platón en dos volúmenes revisado por su puño y letra, desarrolla la correspondencia estructural entre Cristo y el emperador en un lenguaje cuyo sabio virtuosismo, en el límite de lo inteligible, no es, o al menos no exclusivamente, deleite de pedante o guiño sabihondoso; el uso de las palabras y la retórica antigua significan que el presente es tan grande como el pasado, ya que la grandeza imperial es inmóvil e inmutable. A partir de aquí se comprende que la actividad cultural de León VI y de Constantino VII no fuera tampoco un simple capricho de hombres de elevada dignidad, sino una parte integrante de su obra de soberanos.

Las otras fuentes, aunque no emanen del palacio, no se comprenden más que en función de él. Es por definición el punto de mira del relato historiográfico, sea cual sea. A las obras citadas más arriba se añade una crónica que continúa la de Jorge el Monje, escrita bajo el mandato de Miguel III, e interrumpida el año 842. Su tradición manuscrita, aún incompletamente analizada, está llena de adiciones, variantes y continuaciones bajo nombres de autores de los que apenas sabemos nada, como es el caso del continuador de Jorge el Monje, Simeón el Magistro, o el Logotea (funcionario de finanzas), y algunos otros. Y de hecho poco importa, pues, al nivel de los relatos en sí mismos, se distinguen perfectamente las polémicas, sobre todo en torno a Basilio y Focio, en cuyo tono y propósito los autores manifiestan su pertenencia a la alta función pública, o a algún ambiente aristocrático de la capital. El palacio como lugar político es también el punto de mira de las biografías patriarcales. Dos de ellas revisten un particular interés, la *Vida de Ignacio* y la *Vida de Eutimio*, que aparecerán en el momento



Los themas bizantinos en los siglos VIII-X



de la crisis desencadenada por el cuarto matrimonio de León VI. De hecho, la *Vida de Ignacio* está escrita por Niceas, convertido en el monje David en el contexto de esta crisis. Ignacio es presentado como ejemplo de la resistencia de la Iglesia a la omnipotencia imperial, frente a los compromisos de Focio. J. también un ejemplo de la misma virtud que propone el monje contemporáneo del patriarca Estimio al componer la *Vida* de este último en el monasterio de Samacia, fundado por él.

Implantación una dinastía

Los relatos relativos al palacio y al poder imperial están lejos de representar todo lo que nos queda como fuentes referentes a los años que van de 867 a 957. Pero ocupan, por así decirlo, el primer lugar en la escena y dan cuenta de los acontecimientos en un medio restringido pero abierto, determinante, ya que es el de las decisiones políticas. El emperador está rodeado por un doble círculo: en primer lugar, los grandes, sobre todo los jefes militares y sus parentes a continuación, todos los allegados al soberano más allá de su propia familia, como son los consejeros, los favoritos o eunucos a su servicio personal y los monjes, todos ellos también con sus familiares; a esta altura de la competición política nadie está aislado. Los historiadores de Bizancio hicieron antes caso omiso de estos vínculos, cuya importancia está sin embargo puesta de manifiesto por la atención que les otorga la historiografía. Esas redes familiares se consolidan, se rompen, desaparecen o se mantienen unidas en su más elevada expresión, y así se vive la historia de la clase dirigente en la medida en que gravita alrededor del trono y del palacio.

Basilio tuvo cuatro hijos. Constantino, el preferido, nació de su primer y mujer

y fue asociado al Imperio en 869. León era tal vez hijo de Miguel III y no de Basilio. Eudocia dio a luz también a Alejandro y Esteban. Basilio asoció asimismo al trono a León, en 870, y a Alejandro poco después de 871. Constantino murió en 879, y León se convirtió desde entonces en el presunto heredero. El emperador lo casó con Teófano, descendiente del linaje de Martinacio, al que posiblemente perteneciera también Eudocia Ingerita. León le era hostil, e incluso llegó a apartarlo de él durante un tiempo. El autor contemporáneo de la *Vida de Teófano*, un laico familiar de los Martinacios, atribuye esta actitud a las sospechas despertadas en el ánimo de Basilio por el monje mago Teodoro Santabaresmos. El día de san Elías tuvo lugar una solemne reconciliación. Y en 886, antes de morir a causa de un accidente de caza, Basilio designó a León su sucesor. Alejandro quedó como co-emperador y León sustituyó a Focio por Esteban. Esta reunión de las supremas funciones en la hermandad imperial es significativa. Caracteriza un modelo que el imperio otomano aplicará a su manera, cuando Brnon, hermano de Otón I, sea arzobispo de Colonia. O, si se quiere, es una primera aplicación de la figura familiar, consanguínea o metafórica, que traduce la estructura política de este tiempo.

León abandona a su esposa: la biografía de esta mujer, su hagiografía más bien, la pintará como seguidora de una vocación ascética, puesta de relieve por los milagros operados posteriormente en su tumba. Desde el siglo X, figura, en efecto, en el calendario de los santos de la Iglesia bizantina. León «se une amistosamente», según la expresión de su tiempo, con Zoe Zancina, cuyo marido había sido envenenado a raíz de esta relación, y la lleva a vivir al palacio. Era hija de un armenio, Estilano Zautécés, a quien León le encomendó la gestión de sus asuntos y para quien creó el título de «suegro del emperador» (*basileopator*), aunque el parentesco fuera ilegítimo. Zautécés, convertido en *logothetos tou domon*, responsable del correo, del interior y de una parte de las relaciones internacionales, desempeñó hasta su muerte, en 896, un papel del que quedó constancia por el hecho de que la mayor parte de las *novellae* de León VI están dirigidas a él. Teófano murió en noviembre de 897, y León se casó con Zoe, que murió asimismo en 899, dejando una hija. Los parentes de Zoe que, por lo demás, habían conspirado, debieron dejar el palacio. A falta de heredero, León se casó en terceras nupcias con una jovenzuela originaria del *themata* de Opsiquion, Eudocia Baiana, que murió en 901, con un hijo recién nacido. León había alcanzado el límite de la tolerancia canónica en materia de segundas nupcias sin haber resuelto el problema de su sucesión: él mismo había renovado algunos años antes la prohibición de terceras nupcias, lo que hacía que su descendencia fuera ilegítima, y le censuraba sus segundas nupcias. Vivió con una cuarta mujer, Zoe Carbonopsina (la de ojos ardientes) sin casarse, por tanto. Parece ser que esta mujer era pariente de Himerio, comandante supremo de la flota (*thorgarios tou ploinou*) en los primeros años del siglo X. En 905 dio al emperador el tan esperado heredero, el futuro Constantino VII. A partir de entonces, se podía añadir un nuevo capítulo al secular conflicto entre el bando integrista en el seno de la Iglesia y los patriarcas políticos procedentes de la función pública.

Esta serie de cuatro matrimonios sorprende en primer lugar como ejemplo de una historia familiar catastrófica. Los motivos del emperador pudieron ser: la anti-madversión, sin duda, frente a Teófano y el amor por la primera Zoe en todo

caso, pero también, incuestionablemente, la preocupación por la sucesión imperial, puesta de manifiesto en el en virtud de las dificultades que encontraba, y no porque fuera un problema nuevo; asimismo, siguiendo el ejemplo de Teofilo, que condujo a los cómplices de su padre, León hizo enterrar a la víctima del suceso, Miguel III, en la iglesia de los Santos Apóstoles, lugar de las sepulturas imperiales. Por último, de las cuatro mujeres, la primera y, sin duda, la última, en menor grado, pertenecen a familias ilustres, mientras que Zautécis aparece, por su mismo nombre, como miembro de un linaje de corta tradición. Sus parientes están bien situados hasta la muerte prematura de Zoe, que deshace una fortuna aún poco afianzada. Los demás personajes aún están en escena o acaban de salir en el momento en que el nacimiento de Constantino reaviva un enfrentamiento apaciguado. El patriarca Esteban, hermano de León IV, había muerto en 913. La sede ecuménica estaba ocupada desde 901 por el patriarca Nicolás I, un hombre en la línea de Focio, potente y tal vez abajado de este último, en todo caso bastante próximo a él como para haber buscado refugio en un monasterio tras su destitución. Nicolás I, puente del comandante de la guardia y «hermano adoptivo» del emperador, además de ser su secretario particular (*mysvikov*), tenía unas experiencias y unos contactos que le destinaban a mostrarse partidario de un compromiso favorable al palacio. León consigue, en primer lugar, que bautice a su hijo en Santa Sofía en enero de 906; el monje Eutimio actuó como padrino. En la primavera siguiente, un sacerdote celebra el matrimonio y León corona a Zoe. El conflicto queda abierto desde entonces entre el patriarca, que prohíbe al emperador avanzar más allá de la sacerdotía de Santa Sofía, pero que acepta y prepara un proceso de penitencia, aunque el emperador lo rechaza y pide el arbitrio de Roma, y un bando rigorista, a cuya cabeza se encuentra esta vez no el bigenito de Studa, como un siglo antes, sino Aretas, convertido en arzobispo de Cesarea.

Sin embargo, la relación de fuerzas y el envite del conflicto han cambiado. Nicolás, preocupado por la unidad de la Iglesia, disgusta a León, que le conduce a la dimisión en 907, acusándole de complicidad en la reciente conspiración de Autóntico Ducas. El emperador lo sustituye por Eutimio, que no manifiesta la intransigencia monástica que se esperaba de él. El autor de su *Vida* lo describe, sin embargo, como un notable «padre espiritual», uno de esos directores espirituales cuya omnipotencia es uno de los factores de la práctica religiosa desde el siglo IV; le atribuye cierta influencia sobre el emperador. Pero, en realidad, Eutimio cede ante la apelación hecha por León a Roma y a los patriarcas orientales, si hemos de creer a su biógrafo, ante su amenaza de promulgar una ley que autorice las cuartas nupcias. El matrimonio es entonces legitimado. León se hace representar en una placa de mosaico colocada en Santa Sofía sobre la Puerta Imperial, se le ve postrado en actitud de atreptamiento a los pies de Cristo, que domina la escena entre la Virgen y un ángel, salvado ya que se encuentra a su derecha. Muere en 912 y Alejandro toma el poder. Vuelve a ofrecer a Nicolás el trono patriarcal, lo que implica la destitución de los obispos nombrados por Eutimio. Los partidarios de este último le perdonan la rehabilitación de Nicolás. Alejandro muere en junio de 913, en medio de las dificultades ocasionadas por los asuntos búlgaros. Nicolás forma entonces parte del consejo de regencia y el poder del Imperio reposa sobre él una vez apartada Zoe. Se reconcilia con Eutimio

antes de la muerte de éste en 917. En 920 un Tomo de Unión puso fin oficialmente al contencioso, aunque no consiguió apaciguar los resentimientos.

El conflicto y su desenlace dan que pensar sobre el estado de las relaciones entre el emperador y la Iglesia de Bizancio en este principio del siglo X. La reivindicación del poder monacal, aún presente en el conflicto entre Ignacio y Focio, no aparece aquí prácticamente. El propio patriarcado político es, a fin de cuentas, subyugado por la voluntad imperial. La victoria de esta última queda de manifiesto no sólo por la legitimación de una unión contraria al derecho vigente, sino también por la amenaza esgrimida como argumento por León VI. Auténtico o no, es significativo que incluso un monje lo tuviera en cuenta en la biografía de otro monje, un monje puesto, además, como modelo.

En mayo de 919, Constantino VII se casa con la hija de Romano Lecapenos, que vuelve a tomar el título de «señor imperial» (*basileopator*), hacia poco ostentado por Zautécis; posteriormente recibe el de César, como Bardas, tío de Miguel III (septiembre 920), para convertirse finalmente en co-emperador de su hermano (diciembre de 920). Para comprender este acontecimiento, hay que volver a aludir a dos líneas directrices de los decenios precedentes, que corren paralelas: las relaciones internacionales de Bizancio y el movimiento de personas y linajes en el círculo imperial.

LA FUERZA DE LAS FAMILIAS. CULTURA DOMINANTE

La espléndida apariencia de continuidad de la cultura bizantina y la verdadera continuidad de la teoría política, junto a la sofisticación, sin rival en esta época, de la maquinaria administrativa y de sus medios escritos han disimulado frecuentemente ante los historiadores los verdaderos resortes del poder de este tiempo en Bizancio. Un poder que pertenece incuestionablemente, por una parte, a los hombres cultos, como prueba el hecho de que León VI y Constantino VII se cuenten entre ellos; pues les incumbe la justificación histórica, jurídica y cristiana del poder soberano. Pero no hay que olvidar, sin embargo, la importancia de la guerra; de su infinita serie de episodios proceden entonces los principales papeles de la historia política y de los linajes.

Los poderosos linajes

Hemos visto que en el siglo VIII y después en el IX, se afirmaba una conciencia de linaje atestiguada por los nombres de familia, la preocupación por las relaciones de parentesco y las palabras de elogio en relación a la notabilidad anterior. El movimiento continúa de Basilio I a Constantino VII, paralelamente a la doctrina oficial del origen real en que se fundaba la legitimidad imperial. El problema de un Bizancio «feudal», de un imperio «feudal», sólo se plantea verdaderamente con Basilio II. Pero el relato historiográfico de los reinados de Basilio I y de León VI, de Romano I y Constantino VII deja percibir, por una parte, la presencia y el papel de las familias, algunas de las cuales seguirán en escena en los siglos siguientes y, por otra parte, la dinámica de un grupo social en que los

valores guerreros, políticos y culturales tradicionalmente característicos de una aristocracia se conjugan con una apertura social todavía incompleta. Seleccionaremos tres ejemplos. El primero es el de los Ducas, con su fulgurante desarrollo y su rápida caída a principios del siglo IX. El primer Ducas conocido, Andrónico, tiene un nombre propio que evoca «la virilidad» y «la victoria», junto a la designación de «Ducas», a la vez título y sobrenombre, que parece que se convirtió en un nombre de casta a partir de la siguiente generación. Se le encuentra, bajo el reinado de León VI, junto a Himerio en la guerra contra los árabes y desempeñando un importante papel de gobierno en Asia Menor, con un hijo ya adulto en 906. Constantino, casado con una hija de Gregorio, llamado el Bero, que era a la sazón *domestikos* de los *scholai*. Este mismo año, comprometido, con razón o sin ella, ante el emperador por su favorito, el eunuco árabe-cristiano Samonas, Andrónico se separa de «sus parientes, sus hijos y sus hombres», según un autor de la época. Se encuentra en primer lugar en la fortaleza de Cavalla, cerca de Comina, y posteriormente se refugia en Bagdad. Sin embargo, su hijo Constantino vuelve a Constantinopla y se deja tentar por el poder en 913, tras la muerte de León VI, cuando era *domestikos* de los *scholai*. Su intento fracasó, pierde un hijo en la conspiración y otro, aún niño, es castrado, una medida excepcional que da cuenta de la importancia otorgada al asunto. Otro Ducas, Nicolás, muere en la guerra contra los búlgaros en 917. A pesar de todo, tras esta erradicación, el linaje Ducas vuelve a salir a la luz en el siglo XI, y esta vez por más tiempo, aunque probablemente proveniente de otra rama.

El segundo caso que examinemos es el de Romano I Lecapeno, Basándose en un célebre pasaje de Constantino VII, se suele señalar su modesta condición. Aunque nadie discute su origen armenio, los hechos no son sin embargo tan simples. Es cierto que no nos remontamos más allá de su padre Teofilacto, «el Insoportable» (*Abastakos*), cuyo sobrenombre no se transmitió, y de quien sólo sabemos que salvó la vida de Basilio I en el curso de una desafortunada campaña en Tehriz. Sea cual sea la verdad de la aventura, al menos se puede concluir que el artículo de guerra se remonta al padre de Romano, aunque este último no hiciera de ella una profesión. Sin embargo, una pariente de Romano se había casado con Adrasteo, estratega del *thema* de Oriente, hacia mediados del siglo IX, pues fue abuela del monje Miguel Maleino, nacido en 894. Pero Romano I es el primero que se distingue en su actuación pública. Esto se traduce, en primer término, en el rango de los suegros de sus hijos, sus consuegros: mientras su hija Helena se casa con el joven emperador, su hija Ágata se convierte en la mujer de un Argeo, León, cuyo finaje está en ese momento en plena ascensión, y se remonta a Miguel III; su hijo Constantino se alía con el patricio Pintertio, y su hijo Cristóforo con el patriarca Nicetas. Cristóforo y Constantino son asociados al Imperio, así como su hermano Esteban, mientras que el menor, Teofilacto, es investido del patriarcado, según el esquema puesto en práctica por los hijos de Basilio I, y el hijo bastardo, Basilio el Piadoso, desempeña el papel de eunuco en el palacio, y, posteriormente, ocupa junto a Constantino VII la privilegiada posición de guardián de la cámara (*parakomomenos*).

Tras los Rigas y los Lecapenos, nuestro tercer ejemplo nos conduce a mediados del siglo X. Se trata del linaje de los Focas, del que procederá el emperador Niceforo II, y a cuyo alrededor, por el juego de las alianzas, se organiza poco a

poco la mayor constelación aristocrática de la época. La genealogía, presumiblemente puesta en circulación por los propios Focas, se remonta hasta un tal abuelo de Niceforo II, un tal Focas, cuyo nombre corresponde al de un mártir venerado en la región de Sínope. Parece ser que el emperador (¿Teófilo?) se fijó en él «por la fuerza de su cuerpo y la nobleza de su alma», y lo puso a la cabeza de una *thema*, división principal de un *thema*. Un comienzo verosímil y comparable al de Teofilacto Abastacos, acción ejemplar al menos, característica de una sociedad en que la fortuna obtenida con la guerra servía para inaugurar nuevas estirpes ilustres. El nombre de Focas se convierte en linaje; su hijo, Niceforo Focas, es ya uno de los generales más brillantes de Basilio I y de León VI; ya vimos cómo se destacó en la Italia meridional. Sus nietos, Bardas, cuyo nombre procede de algún río o abuelo eremita, y León, se distinguen bajo la regencia de Zoe, madre de Constantino VII. Romano Lecapenos encuentra en ellos unos rivales, respaldados por sus alianzas. Bardas se casa con una Maleina, de cuyo linaje dio cuenta ya la historiografía bajo el mandato de Miguel III y Basilio I, y cuyo abuelo fue patricio y general, mientras que una de sus abuelas estaba emparentada con Romano Lecapenos; los Maleinos eran oriundos del *thema* de Carsiamon, donde su pariente Eudecimo, tal vez estratega del *thema*, murió en olor de santidad hacia 840. León, hermano de Bardas, fue cuñado del *parakomomenos* Constantino, eunuco favorito de León VI al final de su reinado. Uno de los hijos de Bardas, Niceforo, nacido hacia 912, será emperador tras una carrera a la que nos referiremos más adelante, cargo en el que posiblemente fue secundado por su hermano León; una de sus hermanas se casó con un sobrino de Juan Curcuas, el mismo del que Romano I desecha una hija para el hijo de Constantino VII. De esta unión nacerá otro emperador, sobrino y asesino de Niceforo II, Juan I Zimisce, que se casará en primicias nupciales con una hija de los Escleiros, otro linaje dominante, atestigüado desde el principio del siglo IX. Esta anticipación genealógica sólo pretende mostrar al lector que los Focas están emparentados a lo largo de dos generaciones, la de Bardas y la siguiente, con algunas familias que competían por obtener el poder supremo, ninguna de las cuales, por otra parte, se remontaba más allá del siglo IX, por lo que hemos podido juzgar.

El acierto de Romano Lecapenos consistente en la elección de su hija para Constantino VII representa de hecho la eliminación de León Focas, que en 917 estaba al mando de una expedición en Bulgaria, por el derribo de la flota, respaldado en el palacio, ante la emperatriz Zoe y el patriarca Nicolás I. Los espasmos imperiales incitan a León Focas, destituido de su cargo de *domestikos* de los *scholai*, o lo que es igual, apartado del palacio por Romano, a sublevar los *themata* de Oriente. Su intento fracasó y es eliminado definitivamente dejándolo ciego. Su hermano Bardas conserva, en cambio, el mando e interviene en respuesta al ataque ruso de 941. Pero la impecable estrategia de Romano I, basada en una numerosa descendencia, no basta para garantizar el futuro de los Lecapenos. En 928 fracasa una conspiración en favor de Cristóforo urdida por su suegro. Tras la muerte de Cristóforo en 938, sus hermanos Esteban y Constantino apartan a Juan Curcuas, el general ya citado, que Romano I desecha como suegro para su nieto, el futuro Romano II. Por último, destruyen a su padre, pero son a su vez destruidos por Constantino VII, que recobra así la realidad del poder en enero de 945, y les envía a remanise con su padre en el monasterio. Aunque una hija

desinteresada de una cultura erudita, sino también, y sobre todo, el espíritu totalitario de una cultura dominante. Así, por ejemplo, la colección de efemérides de las *Vidas* de los santos según el orden de los días de cada mes o menologio, consiste en una ordenación draconiana que afecta tanto a los personajes, entre los que los contemporáneos están prácticamente ausentes, como a los relatos, so metidos despiadadamente a una reescritura (*metaphrasis*) retórica fácilmente reconocible, cuya difusión masiva no hizo, por suerte, desaparecer las versiones anteriores. El autor de este trabajo, Simeón el Metafrásta, tal vez ejecutó una directriz de Constantino VII. Se sospecha que tras su obra podría estar el cronista Simeón el Logoteta, del que sabemos muy poco, o incluso el magistros Simeón, del que se han conservado sus cartas.

La cultura dominante supone también, como se recordará, el ininterrumpido ennoblecimiento del emperador por el retórico del palacio, el perfeccionamiento administrativo imperial y patriarcal y la victoria de la ortodoxia. El palacio, el monasterio de Studa, el patriarado, la capital, en una palabra, son, al mismo tiempo, el caldo de cultivo de esta cultura dominante, centralizada pero no localizada. Los documentos administrativos de las provincias, de los que empezamos a disponer a partir de Basilio I, y sobre todo las cartas conservadas del siglo X aportan la prueba de lo contrario. La carta, mensaje individual, era también un género de la retórica tradicional, lo que motivó la composición de algunas colecciones que han llegado hasta nuestros días, en las que se encuentran misivas de hombres que partieron a las provincias como funcionarios u obispos, dirigidas a sus amigos de la capital, a sus protectores, a veces al mismo emperador o al patriarca, e incluso cartas de estos últimos. Conocemos así cartas de Focio y de Nicolás I, del secretario imperial de Romano I, Teodoro Dafnopatés, al igual que un conjunto muy valioso para el estudio de la segunda mitad del siglo. De estas cartas, así como de las reflexiones anotadas por Aretas, convertido en obispo de Cesarea de Capadocia hacia 904, hasta su muerte en 932, se desprende la nostalgia medio convencional, medio sincera, de letrados alejados de sus semejantes y perdidos en medio de gentes sin instrucción.

La cultura dominante es, en fin, el discurso figurativo de las imágenes. Muchas de ellas han desaparecido, como los mosaicos de la iglesia Nueva de Basilio I, hoy día destruida. Pero no nos faltan testimonios de la restauración deliberada de los antiguos cánones a este nivel en el desarrollo de la escultura sobre marfil, que servía para decorar cofrecillos y tapas de libros en la producción de platería cincelada; en la pintura de manuscritos de contenido, sin embargo, religioso, como el admirable Salterio de París, de principios del siglo X. Ésta es la cultura dominante que Bizancio exportó a Preslav, y más tarde a Kiev, a través de sus productos y sus artesanos. Pero, no obstante, cabe preguntarse sobre sus límites sociales, provinciales, incluso nacionales, se puede decir, en el interior del inmenso imperio.

La primera certidumbre es que su lengua está desde ahora, y ya irreversiblemente, alejada de la lengua hablada por todos, comprendida la élite política. Etnicamente, las tendencias que han conducido a la pronunciación actual del griego eran ya seculares en el siglo X, especialmente la evolución hacia el sonido único *i* de otras vocales y diptongos. Pero la misma configuración de la lengua, por la simplificación de la flexión principalmente, anunciaba desde esta época lo que

de Crisóstomo se casó con Pedro, zar de Bulgaria, el linaje desaparecía definitivamente de la escena política, y Constantino VII vuelve a tomar en cuenta, naturalmente, a los Focas. Bardas Focas se convierte en *domestikos* de los *scholai* y sus hijos Nicéforo y León en estrategas. El hijo de Constantino VII, Romano, asociado al trono desde 945, siendo aún niño, se había casado bajo el gobierno de su abuelo con una hija bastarda de corta edad de Hugo de Provenza, que murió pronto. Hacia 956 toma por esposa a una joven hermosa y misteriosa, se decía que camarera de mesón, llamada Anastaso, convertida tras el matrimonio en Teófano. Esta elección eludía el inconveniente de los cuñados aristocráticos y ambiciosos. La historiografía de la época la representa como teniendo a Romano hechizado. Volveremos a encontrarla más adelante, inaugurando en los relatos de su tiempo el papel de la voluptuosidad impulsada al crimen, inusitado a nivel imperial.

Constantino muere en 950, tal vez envenenado por su hijo, instigado por Teófano. Se ha querido trazar de él un relato intelectual, a la vista de su obra, que corre el riesgo, como tantos otros, de transmitir al lector de hoy sus propias sugerencias. Pero no hay que olvidar, se quiera o no, que no era sólo emperador. Romano I y algunos generales como Juan Curcuas asumían muy bien la función guerrera del poder imperial, como lo hicieron los Focas cuando Constantino se apoyó en ellos tras la caída de los Lecapenos. Constantino, que no dejó de ser emperador hasta el día de su muerte, ejerció por su parte, como ya dijimos, la función del discurso, orientado a la justificación de la dinastía de los descendientes de Basilio en el trabajo historiográfico, al simbolismo del poder en el *Libro de las ceremonias*, y a la ubicación definitiva de las tradiciones y conocimientos necesarios para su ejercicio universal en los libros sobre los temas y la administración del Imperio.

Los límites de una cultura dominante

A mediados del siglo X Bizancio goza de excelente salud, si es cierto que para una sociedad que vive en torno al año 1000 la guerra y el comercio a gran escala son síntomas de salud. Como toda sociedad sana desarrolla una actividad cultural a través de la que expresa su presente.

Hemos hecho alusión constantemente a los resortes culturales de la historia política de Bizancio, y en último término hemos visto a Basilio, a través de Focio, a León VI y Constantino VII elaborar y llevar a la práctica la secular teoría del poder imperial, y a Constantino VII, especialmente, asentar la dinastía violentamente fundada por su abuelo sobre bases historiográficas. Pero también hemos visto, a partir de Teófilo, cómo el propio poder imperial fundaba sus derechos sobre la reivindicación de continuidad interrumpida de la cultura clásica legada por la Antigüedad y acabada, de hecho, después de la segunda iconoclasia, a través de una teoría completa y definitiva de la imagen. La exigencia clásica, facilitada, como también hemos visto, por el uso de la minúscula, se manifiesta en la revisión filológica de los textos antiguos, de manera que nuestro Platón, por ejemplo, es en una gran medida el de los siglos IX y X. Pero no hay que engañarse, esta depuración no traduce, o mejor dicho no traduce solamente, la búsqueda

conoceros hoy. Los errores de las copias de los manuscritos son esclarecedores a este respecto. En cuanto al vocabulario del griego moderno, lo vemos aparecer según los textos en algunos *Vidas* de santos en particular, mucho antes del siglo XV. El renacimiento clásico de los siglos IX y X, que vuelve a ensalzar los tratados de retórica antigua, recuenta el corte, tanto político como cultural, entre los dos niveles de la lengua, que desmpeña en Bizancio el mismo papel que el uso del latín y de las lenguas vernaculas en la cristiandad medieval de Occidente. La lengua vernacula hará su entrada en el terreno de la escritura en los siglos XII y XIII. En cambio, el principio de un doble lenguaje subsistió en Grecia hasta el siglo XV con un significado ideológico, en resumidas cuentas, inalterado. En esta primera mitad del siglo X, pues, la lengua hablada no aparece a nuestra vista más que en manifestaciones indirectas, como la *Vida* (multiplicada) del patriarca Eutimio, compuesta por un monje de su monasterio de Sannacia, que al morir antes que el inicio manuscrito, escrito hacia 1080-1100 y hoy día perdido, fue corregido por su editor. Se encuentran también en algunas canciones anatólicas de guerra y amor, algunas coplas cortezanas conservadas en el *Libro de las ceremonias*, y también, aunque no se ha tenido muy en cuenta, en determinados nombres de bienes que surgen en la historiografía de los siglos IX y X: *Caridas*, 'el del campo', o *Comunarios*, 'el del coltánolo', formaciones cuyo significado social hemos señalado.

Por otra parte, qué duda cabe que la propia cultura dominante no es impermeable y sufre influencias periféricas. Así, un Evangelio copiado en el siglo XV tal vez no ilustrado hasta el siglo XI, muestra una influencia islámica en los ornamentos de los rituales hechos por el escriba, así como en las orlas arquitectónicas de las figuras de los evangelistas; este Evangelio procede de la frontera oriental. En cambio, otro manuscrito, el tratado ascético de Juan de la Escala (*Klimaks*) copiado en Italia en el siglo IX, tiene una decoración similar a la occidental contemporánea. La Italia meridional produce, por otra parte, manuscritos característicos por su escritura, ornamentación y pinturas. Igualmente, la arquitectura arabeña, floreciente en la época del reinado de Aní, ejerce entonces en Bizancio una influencia que se pondrá de manifiesto en la segunda mitad del siglo, con la llegada al poder de Juan Zimisces, en la época en que los georgianos desempeñan con también un papel. Los caminos de Bizancio son, pues, el terreno de un trabajo de aculturación.

Los judíos, que hemos visto a encontrar en la Italia meridional, nos proponen otro ejemplo, situados como estaban, con una cultura propia y floreciente en la intersección entre Bizancio, el Islam y la latinidad. No ocurre lo mismo en el caso de la minoría judía en el Imperio, arrinconada por el rigor de la identidad que va en curso entre la romanidad y la cristiandad ortodoxa, y por añadidura asociada, con o sin razón, como se recordará, a los movimientos iconoclastas. La conversión de los judíos aparece por este hecho como cada vez más necesaria. Basilio I la decretó, como vimos, en 873 o 874, y León VI recuerda esta medida en una *novella* que ordena a los judíos a seguir emulo sucesivo la ley cristiana, al estar la suya caduca. Un relato hagiográfico compuesto tras la muerte de Basilio sitúa bajo su mandato la peripetia de Constantino de Sannacia, un judío que se sintió cristiano por haber trazado, siendo aún muy joven, una cruz en la boca después de un hostazo, según la costumbre, y que se hizo en segunda monje. Ser

lo que fuera. Romano I dio a su vez un decreto de conversión en 932, que parece haber provocado un éxodo, tal vez hacia Jazuria, y luego hacia la Rusia kieviana, sobre cuya cultura la influencia judía fue directa e importante. La minoría judía no fue, pues, aniquilada en Bizancio, ni entonces ni más tarde, aunque no encontró el terreno adecuado para una floración comparable a la que se observa entonces en Italia, Renania o en tierras del Islam. Sin embargo, se observa permeable a la cultura bizantina, la cultura judía erudita o erasmérica que produjo la curiosa descripción del rey Salomón que estaba en el hipódromo en medio de los cuatro colores, cuyo hebreo integra palabras griegas y cuyo autor conocía la capital, e incluso el palacio, tal vez en la primera mitad del siglo X. La situación de los judíos en Bizancio cambió después de 960.

Pero, ¿qué sucedió con la cultura de la mayoría? Ante todo conviene aclarar la ambigüedad que se desprende de este término. Reframamos, por ejemplo, a la cultura material. Han llegado hasta nosotros muchos objetos entre los que algonos, marfiles, tejidos de seda, joyas y cerámica de lujo, remien, si no al palacio, al menos a la élite. Pero también conservamos otros, procedentes de niveles más modestos de consumo, cruces y amuletos, iconos portátiles de piedra dura, cerámica ordinaria. Comprobamos, de todos modos, la uniformidad del repertorio iconográfico religioso y, por tanto, del sistema de representaciones y creencias. En cambio, la hagiografía de finales del siglo IX y del siglo X está a menudo más cerrada socialmente que la de los siglos V al VII, que pintaba un cuadro social muy diverso, incluso a través de sus tópicos. Los santos contemporáneos de Basilio y de sus sucesores son muchos, padres espirituales e interlocutores de los emperadores y los grandes personajes, como ya se ha dicho. El vulgo sólo ocupa en los relatos, en el mejor de los casos, un segundo lugar indiferenciado. Está presente, sin embargo, cuando los aldeanos de la región de Latros se dirigen a Pablo el Joven (muerto en 955) para pedir la lluvia, o cuando las gentes de Tesalónica se concentran al paso de Eutimio el Joven (muerto en 898) para tratar de tocarlo, los días que haya del monte Atois a la ciudad. El triunfo del monje, implícito en la restauración de 843, envite de todos los conflictos, de Constantino VI a León VI, es definitivo a mediados del siglo X. Será a lo largo de los siglos la voz común de la cultura bizantina a todos los niveles de la sociedad. Un monje que vive en un monasterio, sumiso al hígumeno, el recluso, el solitario, es sospechoso. Pero existe. Y la práctica religiosa, la representación del otro mundo, que serán los del helenismo moderno, afloran claramente en el siglo X.

BIZANCIO A LA BÚSQUEDA DE UN MURO PROTECTOR

La guerra no ha estado nunca mucho tiempo ausente de nuestra exposición. Sus armas siguen siendo las mismas: los navíos de guerra, los dromones, atacan por mar; por tierra, el primer papel en las batallas, campañas corresponde a los escuadrones de caballeros que vemos aún galopar en algún que otro evangelio del siglo XI, con el torso protegido por una cota de mallas, un casco de hierro en la cabeza y una adarga triangular o redonda en el brazo izquierdo; intervienen también tropas más ligeras, sobre todo arqueros, mientras que la frontera oriental es el teatro de la guerrilla de los *akritai*, sus guardias. Florecen ya los valores,

senta un medio de unificación cultural y nacional. Una sociedad cada vez más compleja y al mismo tiempo cada vez más aculturada, como atestiguan el desarrollo de la herejía bogomila bajo el reinado de Pedro (927-969). La fecha de su aparición está señalada por el sacerdote búlgaro Cosmas, en su célebre *Tratado* contra la secta, compuesto bajo el reinado del emperador Juan I Zimisce, y aún mejor por una respuesta del patriarca Teofilacto (933-956) a una consulta de Pedro sobre el problema. La enseñanza de la herejía, atribuida por el sacerdote Cosmas a un pope llamado Bogomil ('que Dios compadezca o 'que ruega a Dios'), cuyo nombre es demasiado elocuente para ser ficticio, recuerda de manera insistente los temas dualistas de los paulicianos, su reprobación del mundo y sus poderes, comprendido el de la Iglesia, de la carne y de la procreación. Temas seculares en Oriente, como se ha visto, pero cuya precedencia es lícito buscar en una cristiandad nueva de los Balcanes: recuérdese a este respecto las llegadas forzadas de paulicianos a Tracia en el siglo IX, tras el desmantelamiento de su territorio, y posteriormente, cuando engrosan las filas de los ejércitos imperiales. Pero el *Tratado* de Cosmas muestra al mismo tiempo el terreno local en que el movimiento adquiere un evidente e incontestable aspecto de descontento social contra la Iglesia integrada por obispos y monjes, y contra los ricos en general. Sin embargo, se estaba lejos de limitar su alcance, puesto que volveremos a encontrar a los bogomilas en el desasosiego religioso del siglo XI.

Cristianizar más lejos

Por lo demás, Bizancio y Bulgaria no están ya sola cara a cara. Los rusos aparecieron ya en el capítulo precedente. Tras su ataque de 860, una carta enviada por Focio a los patriarcas orientales daba cuenta de su conversión. Pero, sin duda, no fue más que formal, puesto que en 874 un acuerdo previó la cristianización del Estado, para lo que el patriarca Ignacio designaba un arzobispo. El proyecto se ve comprometido por la llegada al poder de Oleg, hijo de Rurik: la historia del encuadramiento escandinavo de Kiev es comparable en este punto a la del encuadramiento proto-búlgaro en Bulgaria. La conversión real esperará la maduración política del Estado ruso, a finales del siglo X. A principios de ese siglo, los navíos rusos amenazan a los jazaes y Constantinopla. Hemos mencionado más arriba los tratados firmados con los rusos en 907 y 911, que regulaban las disposiciones desde entonces en vigor para las embajadas y los intercambios en la capital. Los conocemos a través de la *Crónica de los tiempos pasados*, la crónica kieviana cuya tradición textual y crítica provocan más de una dificultad. En cambio, el ataque de 941 está atestigüado también por las fuentes bizantinas. La *Crónica* presenta además el texto de un tratado fechado en 944. Se encuentra allí la tarifa de rescate de los prisioneros hechos por los rusos, el cupo de seda que éstos pueden comprar, así como datos sobre la protección de los pescadores de Querson. La importancia de los rusos en el horizonte bizantino queda de manifiesto en el capítulo que les dedica, a mediados del siglo, el tratado de Constantino VII sobre la *Administración del Imperio*. Su evolución les conduce al problema de la cristianización y, en 957, Olga, viuda de Igor, recibe el bautismo en Constantinopla con el nombre de Helena, el mismo, como se recordará, de la

de los pueblos de la estepa, y los volvemos a encontrar como la gran fuerza complementaria al norte del Danubio, durante todo el siglo X y la primera mitad del XI, sin que nunca su organización nómada se fije de forma estática.

En 896 se restablece la paz mediante un tributo anual pagado por Bizancio. Pero tras la muerte de León VI en 912, su hermano Alejandro suspende el pago, antes de morir, él también, en 913. Valiéndose de este motivo, Simeón ataca y alcanza en septiembre del mismo año las murallas de la capital. Pero el fondo del problema no era en realidad ese. La lección política de Bizancio y la grandeza de su propio reino, y sin duda también la minoría del porfirógeneta Constantino VII, habían inspirado otro propósito al búlgaro educado en Constantinopla: convertirse en *basileus*, es decir, no sólo desmultiplicar el poder imperial por un *basileus* de los búlgaros, sino centrar en Bulgaria el poder del *basileus* de los romanos. Una prodigiosa aplicación del modelo que muestra hasta qué punto sigue siendo único al este de la cristiandad del siglo X. El patriarca Nicolás, situado por la minoría de edad de Constantino a la cabeza de los asuntos, le escribe cartas sobre este tema que hemos conservado. El ataque de 913 le abre a Simeón las puertas de la capital, donde se le promete que una de sus hijas se casará con Constantino, y donde el patriarca coloca sobre su cabeza una corona que fue en realidad, según se dice, acompañada de la fórmula «*basileus* de los búlgaros». Pero Simeón no lo entendió así: tenemos constancia al menos de un sello, de plomo y no de oro, cuyo texto griego le da el título de «*basileus* de los romanos». Las hostilidades prosiguieron, y el matrimonio de Constantino VII con la hija de Romano Lecapenos no hizo más que avivarlas, pues fue una de sus causas. En septiembre de 914, y la apertura de las hostilidades por Simeón, hasta 924, y su último ataque contra Constantinopla, tienen lugar diez años de guerra, en cuyo curso las dos potencias, Bizancio y Bulgaria, intentan por igual poner en juego a pueblos secundarios, los servios eslavos y cristianos, y los pechenegos paganos y turcos. Simeón muere en 927 y su hijo Pedro hace las paces, acepta el compromiso rechazado por su padre, con un tributo anual bizantino, y recibe como espósa a una nieta de Romano I Lecapenos, María: una sutil solución, que otorga a un asociado privilegiado una descendiente del emperador, pero no una porfirógeneta, afianzada según la fórmula familiar que caracteriza el sistema internación centrado en Bizancio. Hemos visto que en el siglo VIII Constantino V se casaba con la hija del kagan de los jazaes, convertida con este fin en la cristiana Irene. Hemos visto también que Boris de Bulgaria se convertía tras su bautismo en el hijo espiritual de Miguel III. El Imperio, único por definición, considera, pues, al creciente conjunto de soberanos como una familia. Y en esta familia el matrimonio búlgaro de María abre con precaución la categoría de las alianzas matrimoniales propiamente dichas, a las que Constantino VII consagra una larga reflexión en su tratado sobre la *Administración del Imperio*. A excepción de los «francos», las considero prohibidas para la descendencia porfirógeneta. La alianza de Basilio II con Sviatoslav de Kiev a través de la hermana del primero, Ana, resquebrajará este principio.

La paz de 927 permite a Bizancio recuperar su autoridad sobre los servios. La sociedad búlgara prosigue por su parte una evolución cuyas principales características son la esclavización, que absorberá en lo sucesivo a la vieja aristocracia de los boyardos, y la cristianización, que progresa fuera de las ciudades y repro-

esposa de Constantino VII. Aquí también la historia búlgara parece repetirse. Y en 959, en efecto, intenta también la solución latina y solicita un obispo y sucesores a Otón I.

La cristianización de los eslavos continúa siendo un envite de la rivalidad de poder con Roma y con el Imperio Carolingio. Al oeste, los serbios, antaño convertidos bajo el reinado de Heraclio, y vueltos después al paganismo, piden numerosos y reciben el bautismo en el curso de los años 867-874. lo que refuerza la influencia bizantina en el noreste del Adriático. Bizancio se enfrenta a Venecia y al problema de la piratería eslava; los piratas *narentani* son cristianizados bajo el reinado de Basilio I. Se enfrenta principalmente con Croacia. Roma y los romanos. Pero las islas y las ciudades de Dalmacia siguen estando en la *comentaria* bizantina hasta el siglo XII. Por último, el Adriático constituirá también un envite de la guerra con los árabes. El avance bizantino se pone de relieve por la creación del *thema* de Dalmacia entre 868 y 878, mientras que un estratega del Estirión figura en la lista de las prebendas de Filoteo en 909.

En el Cáucaso, el reconocimiento de una monarquía armenia se inscribe en la lucha secular entre Bizancio y los árabes en la región fronteriza del Taurus, en Armenia. La guerra paulatina estaba allí a la orden del día en 867, como se recordará. Después de algunas tentativas infructuosas Basilio lleva a cabo, a partir de 871 y hasta 882, una reconquista triunfal que proporciona a Bizancio los puntos claves de la frontera, el Taurus y el Antitaurus, así como los pasos del Éufrates. La posición territorial de los paulitanos es barrida, como ya vimos. En 885, Bagdad envía una corona al armenio Ashot Bagratuni, como pago de un tributo, y Basilio hace lo mismo. La capital del reino es la del linaje, Bagaran. Ashot, que muere en 891, y su hijo Smbat (892-914) combaten a los emires de Mesopotamia y de Acerbaidján y, tras ellos, consecuentemente, el linaje rival, los Artirunis del Vaspucaat, encuentra la oportunidad de obtener un apoyo. El reino bagratida experimenta, sin embargo, un apogeo a partir del primer tercio del siglo X, con Ani como capital, un desarrollo intelectual y monumental, contemporáneo, por lo demás, del primordial papel desempeñado por los generales armenios en Bizancio, a cuya cabeza se encontraba Juan Curcuas.

Inicio de la república contra el Islam

La guerra mesopotámica prosigue. Romano I continúa la empresa de Basilio I e inicia una verdadera reconquista hacia el este. Juan Curcuas toma Melitene en 934, después de muchos intentos. Lleva a cabo campañas triunfantes en Armenia en 942 y en Mesopotamia en 943; este mismo año los bizantinos vuelven a apoderarse de viejas plazas como Daras, Amida y Nisibe. Asedian Edesa y la vieja ciudad les entrega el *mandylion*, la imagen de sí mismo que Cristo, según se decía, había enviado en vida del rey Abgar. La reliquia es conducida triunfalmente a Constantinopla el 15 de agosto de 944. Bizancio se encuentra enfrentada a los emires de la región, y sobre todo al de Aleppo y Mosul, Saif al-Dawla, de la dinastía local de los hamánides, héroe legendario de la alta Siria árabe. Los cristianos son al mismo tiempo el envite y el medio de la lucha. Jefes y señores armenios están integrados en el dispositivo fronterizo, cuya organización profi-

gure, siendo a menudo la *klavonara* ('desfiladero') una primera etapa antes de la constitución del *thema*. Éste es el caso de Licando, mencionado en 908 y después hacia 916, y Sebasteya, mencionada antes de 908 y más tarde en 911. Igualmente son mencionados un *thema* de Carsianon desde 873, y entre 899 y 901 (lo más tarde en 911), un *thema* de Mesopotamia que no es más que un principado armenio cedido a León VI y del que el príncipe armenio de Taron se convierte en estratega entre 900 y 930. Todos estos hombres de la frontera van y vienen, pues, de una fidelidad a otra, como siempre, sin alejarse después de todo. Bizancio, por su parte, utiliza deliberadamente la cristianidad regional. Los armenios republian, desde el principio del siglo, las inmediaciones del emirato de Melitene, abandonadas por la derrota de los paulitanos. Ocupan el *thema* de Mesopotamia. Después de 950, e incluso bajo el mandato de Romano I, la migración armenia hacia el oeste reviste un carácter más regional y más masivo que la de los guerreros en busca de fortuna que se alineaban ante el emperador en los siglos VII y IX. Los *themata* fronterizos posteriores a 950 se reducen a menudo a una plaza fortificada donde reside el estratega. Son, pues, más pequeños y, por otra parte, calificandos así frente a los «grandes» *themata* del interior, o incluso, cosa que es significativa, de «armeniacos» frente a los *themata* «románicos». En efecto, sus fuerzas se componen de armenios, sirios jacobitas y también de paulitanos, familiarizados con el terreno, e incapaces, en cambio, de constituir una amenaza para la capital. Finalmente, durante el mismo período, las guerras de los grandes linajes armenios, de sus aliados georgianos y de los emires de Melitene, a principios del siglo X, son objeto de una historia propia, en las fronteras de Bizancio y del califato, conocida, o más bien accesible, a través de las fuentes armenias, sirias y árabes (cristianas y musulmanas) mejor que por las fuentes bizantinas, que no aportan aquí más que un complemento informativo. Es la historia de sociedades nacionales, insuficientemente exploradas aún, a pesar de investigaciones filológicas y arqueológicas prometedoras y ya fecundas, pero de la que al menos hay que subrayar su riqueza e importancia en el umbral oriental de la cristianidad.

No obstante, en los últimos años de Constantino VII, Saif al-Dawla vuelve a tomar la delantera. Nicéforo Focas sustituye en 954 a su padre a la cabeza del ejército y consigue la victoria en el campo bizantino. En 958, el sobrino de Nicéforo, Juan Zimisces, entra en Samosata. Ambos están desde entonces en el camino que les conducirá al trono.

Progresos más inciertos en el Oeste

En el Mediterráneo la situación es diferente a causa tanto de los aliados como de las posturas enfrentadas. En el mar, de Rodas y Creta a Sicilia y al Cargano, la carrera árabe plantea a los ribereños y a los transportes marítimos un problema de seguridad. En Sicilia e Italia meridional, cualquier maniobra bizantina reviste necesariamente los contornos de la reconquista del gran proyecto Justiniano, que renace periódicamente en la historia del Imperio para gloria de Basilio y su dinastía en los siglos IX y X, y para la de los Comnenos en el XII. Y, sin embargo, también allí el cuadro está dominado en 867 por los progresos árabes y modificada, respecto al modelo Justiniano, por el hecho carolingio y por la existencia de

los principados lombardos en el sur. Es evidente que las dos situaciones están relacionadas entre sí, cosa que salta a la vista leyendo, por ejemplo, las *Vidas* de dos monjes de la época, uno siciliano, Elias el Joven, nacido en Emma hacia 923 y muerto en Tesalónica en 903, y un calabrés, Elias de la Gruta (*Speleotes*), nacido en Reggio entre 860 y 870, y muerto hacia 960 en su convento. Ambos son fundadores de monasterios al pie del Aspromonte, en la punta extrema de Calabria. Ambos mantienen círculos con Roma, puestos de manifiesto por el lugar que ocupa su estancia romana en su biografía. Y ambos navegan mucho y con equipados en particular hacia el Peloponeso por las circunstancias. Elias el Joven está, sin embargo, en contacto con el gobernador de Calabria y con León VI.

Dicho esto, la historia de las incursiones árabes en las costas griegas e italianas y la de las campañas marítimas en la Italia meridional tienen un alcance diferente. El dominio marítimo de los árabes se traduce en golpes de diversa magnitud. En 806, los habitantes de Egina huyen al continente a raíz de un asalto, que conoce mos por la *Vida de Lucas el Joven*, cuya continuación tiene Grecia por escenario. En 904, una expedición conducida por un renegado bizantino, León de Trípoli, se aventura hasta los Párdanelos para atacar Constantinopla y luego se desvía hacia Tesalónica. El relato de la toma de la ciudad, hecho por el clérigo Juan Cameniatés, muestra que el apresamiento de cautivos para vender era un motivo para tales expediciones. Juan Cameniatés presenta a los asaltantes según el estereotipo bizantino del salvaje, a través del que se distingue, a pesar de todo, la considerable violencia del acontecimiento, cuya resonancia estuvo en proporción a la ciudad que atacaba. En 925, Orta sufrió un desembarco referido en una carta (en hebreo) del médico y filósofo judío Shalhbetar Donnolo, que pertenecía a la comunidad local ya mencionada aquí a propósito del decreto de conversión de Basilio I. Sin embargo, junto a los muertos y desaparecidos que producían estas incursiones, la proximidad árabe ofrecía también aspectos cotidianos. Un manuscrito fechado en 916 contiene la historia de Anastasia de Egina, que había perdido a su marido once días después de las bodas, durante una incursión árabe, y que obedeció luego un decreto imperial que ordenaba a todas las viudas y solteras de la isla a tomar un esposo «bárbaro». Sin duda, el caso es ejemplar ya que «este último se dejó persuadir posteriormente para hacerse monje... La circulación de monedas árabes, sobre todo las de los emires en Atenas, ha sido ya señalada, y el descubrimiento de un lugar de culto musulmán en la misma ciudad, mejor aún, el uso ornamental de caracteres cúficos en la decoración de las iglesias de las inmediaciones, manifiesta, alrededor del siglo X, una presencia árabe pacífica. En una palabra, un Bizancio marítimo se extiende de Sicilia a la Apulia y de Calabria a Tesalónica y el Egeo, donde la gama de contactos con el Islam es comparable en cierta medida a la que mencionamos a propósito del Bizancio continental en el este. Por ello, ese Bizancio de las islas y las costas está en relación incluso con el Asia Menor, a decir verdad, por el envío chipriota, y por las ofensivas marítimas de los emires de Tarsus.

La política imperial apunta, pues, a dos objetivos, la reconquista de las rutas marítimas y la de Italia. El primero apenas será cumplido antes de la segunda mitad del siglo X. Sin duda alguna, Basilio cosecha de entrada éxitos en el Adriático. Libera Ragusa en 868 y toma Bari en 876 al emperador Luis II, que la había ganado a los árabes en 871. Esta victoria es el germen del futuro *thema* de Ion-

gohardía, uno de cuyos estrategas es mencionado por primera vez en 911, que se extiende, como su nombre indica, en detrimento de los príncipes lombardos de la región, o mejor dicho, por encima de ellos, como un eminente poder. En 885-886, una campaña victoriosa de Niceóforo Focas entrega a los bizantinos Amantea, Tropea y Santa Severina, mientras que en 901 los árabes toman Reggio. Hasta la mitad del siglo, la denominación administrativa sigue siendo la del *thema* de Sicilia, aunque más tarde la terminología se hace eco de los hechos: el tratado sobre la *Administración del Imperio* (entre 948 y 952) menciona a un estratega de Calabria. De este modo, Bizancio es de nuevo un asociado político y un adversario militar en la Italia del sur a partir del reinado de Basilio I. Y esta historia oficial se superpone a la de un helenismo provincial, cuya obediencia política se debe a Constantinopla y la religiosa a Roma. La conciencia por la literatura monástica a la que ya hemos aludido, una de cuyas partes se perdió en accidentes posteriores, y cuyos vestigios dan ya cuenta holgada de la rica complejidad de una cultura de confines, que sólo declinará lentamente tras la conquista normanda del siglo XI. Subsisten también restos arqueológicos cuyo inventario no se ha acabado de hacer, así como documentos de archivos muy excepcionales, cuyo número tal vez se acrecentará. Por último, el muy discutido problema de los dialectos griegos de Calabria, aún hoy en día vivos, forma parte, en todo caso, de la historia.

La extensión de Bizancio en la Italia meridional no resuelve el problema general de las comunicaciones marítimas. A lo largo del siglo X los árabes acababan, por el contrario, de cercar Sicilia, desde donde amenazan Calabria y donde, sin embargo, sobrevive el helenismo. Las claves del mar están de hecho en Creta y Chipre, y Bizancio fracasa allí, en 904 en Tesalónica, como vimos. La flota bizantina está al mando del *logothetes tou dromou* Himerio, que desembarca en Chipre en 910, tras una victoria en el Egeo en 905 o 906. Pero en 911, a la vuelta de una inútil expedición a Creta, su flota es destruida a la altura de Quío. Sin embargo, la segunda mitad del siglo IX es testigo de una importante reorganización de la marina bizantina. El *dromario* de la flota imperial se convierte en comandante supremo, apoyado por la oficina del mar. En 899 aparece la primera mención de un nuevo *thema* marítimo, el de Samos. Bizancio se apresura igualmente a un gran esfuerzo de construcción marítima, y fortifica algunos importantes puntos costeros como Tesalónica, tras el desastre de 904, y Atalia.

Alrededor de 950, Bizancio es, pues, al este de la cristiandad, un modelo imperial, una moneda, una cultura dominante, y su periferia, pero también una sociedad de guerreros y clérigos, de ciudadanos y campesinos, que hay que comparar con el Occidente contemporáneo. Pero, sin duda, no es una sociedad sin agitaciones. Es preciso ir descifrándolas a través del descontento fiscal de una provincia, la disidencia de una herjeía, la disconformidad de una cultura regional o las empresas de un jefe militar. Todo esto compone la dinámica de una historia que prosigue su curso, tras la muerte de Constantino VII, hacia lo que hay que llamar con justicia, a pesar de una contradicción en los términos que no es sólo una en realidad, un Estado «feudal».